

REFLEXIONES DIARIAS *de*

Pascua a Pentecostés

Alégrense y regocíjense 2020

Mary DeTurris Poust
Traducido por Luis Baudry-Simón

All content available from the Liturgical Press website is protected by copyright and is owned or controlled by Liturgical Press.

You may print or download to a local hard disk the e-book content for your personal and non-commercial use only equal to the number of copies purchased. Each reproduction must include the title and full copyright notice as it appears in the content.

UNAUTHORIZED COPYING, REPRODUCTION, REPUBLISHING, UPLOADING, DOWNLOADING, DISTRIBUTION, POSTING, TRANSMITTING OR DUPLICATING ANY OF THE MATERIAL IS PROHIBITED.

ISBN: 978-0-8146-6492-6

Alégreñse y regocijense

Reflexiones diarias de Pascua a Pentecostés 2020

Mary DeTurrís Poust

Traducido por
Luis Baudry-Simón



LITURGICAL PRESS
Collegeville, Minnesota

www.litpress.org

Nihil Obstat: Sister Renee Domeier, OSB, *Censor deputatus.*

Imprimatur: † Most Reverend Donald J. Kettler, J.C.L., Bishop of Saint Cloud, October 10, 2019.

Diseño de portada por Monica Bokinskie. Arte de portada cortesía de Getty Images.

Las lecturas de la Misa que aparecen en este libro también son del Leccionario I © Comisión Episcopal de Pastoral Litúrgica de México, Edición Revisada 2007 © 1976, Obra Nacional de la Buena Prensa, A.C., www.buenaprensa.com, Ciudad de México, México, y son usadas con las debidas licencias de los dueños de derechos de reproducción. Todos los derechos © reservados. Ninguna parte del Leccionario I puede ser reproducida de ninguna manera sin antes obtener permiso por escrito de parte de los dueños de los derechos de reproducción.

© 2020 por Mary DeTurrís Poust

Publicado por Liturgical Press, Collegeville, Minnesota. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser usada o reproducida de ninguna manera, excepto citas breves en las reseñas, sin el permiso escrito de Liturgical Press, Saint John's Abbey, PO Box 7500, Collegeville, MN 56321-7500. Impreso en los Estados Unidos de América.

ISBN: 978-0-8146-6484-1

978-0-8146-6492-6 (e-book)

Introducción

El fin de semana había planeado escribir la introducción a este libro de reflexiones, me senté con mi laptop y no salía nada. Rara vez me encuentro en la posición de no tener nada que decir (sólo pregúntenle a mi familia y amigos). Pero en este día, se sentía como si fuera un mensaje. No estaba preparada. Necesitaba más tiempo para pensar, rezar, reflexionar, así que guardé la computadora.

Esa noche, Chiara, la menor de mis tres hijos, regresó a casa después de pasar la noche en la reunión de gimnasia de la universidad del estado de Nueva York. Cuando dejó su bolso, pude ver ramas marchitas envueltas en celofán. Le pregunté qué era. Ella sacó el triste ramo y me lo entregó, diciéndome que estaban bonitas al principio del día. Sin dejarme intimidar por su aspecto más muerto que vivo, recuperé un pequeño jarrón, lo llené con agua fresca, recorté la parte inferior de los tallos y puse las flores granates y blancas sobre el mostrador. Chiara y mi marido, Dennis, me miraron como si estuviera un poco loca. Las flores estaban tan caídas que era el arreglo floral más patético que había visto en mi vida. Y, aun así, insistí en que un poco de agua las reviviría.

Cuando bajé las escaleras a la mañana siguiente, las flores me saludaron, tan hermosas y vivas como deben estar cuando estaban recién cortadas. Sonreí y me dirigí a la copia de revisión de un libro que me habían pedido que “patrocinara”, sin pensar mucho más en las flores. Cuando leí la primera meditación en este manuscrito que aún no había sido publicado

sobre cómo encontrar a nuestros maestros espirituales a nuestro alrededor, leí estas palabras: “Pregúntales a las plantas de la tierra, y te enseñarán . . .”. Y me detuve como si alguien me hubiera golpeado en la cabeza con un ladrillo y me di la vuelta para volver a mirar las flores como si realmente pudieran hablarme. Fue entonces cuando supe que había estado esperando este momento para escribir esta introducción.

Esas flores en mi mostrador —y probablemente incontables cosas que salpican los mostradores y rincones de tu propia vida en este momento— son recordatorios de que la Pascua siempre está a nuestro alrededor, incluso cuando pensamos que no hay esperanza, incluso cuando pensamos que todo está perdido. Jesús nos dice hoy, en este tiempo, que siempre hay razón para mirar hacia adelante en la fe porque él ha derrotado a la muerte por nosotros y nada puede robar nuestra salvación si nos volvemos a Dios en confianza y ponemos un pie delante del otro en el viaje del Camino día tras día.

Jesús es el agua espiritual que nos refresca, que toma nuestros espíritus caídos y nos revive, que nos da nueva vida cuando pensamos que no podemos seguir adelante. Hoy es el primer día de nuestra Pascua, del resto de nuestras vidas. Escribir estas reflexiones fue un verdadero regalo. Año tras año, me concentro en las lecturas de Cuaresma (o Adviento), pero este viaje me permitió pasar tiempo en caminos menos transitados a través de los detalles diarios de los Hechos de los Apóstoles y otras lecturas del tiempo de Pascua. Espero que tú también encuentres algo nuevo en estas historias familiares, algo que derrame agua fresca en tu alma y te devuelva a la vida.

REFLEXIONES

Lluvia o Sol

Lecturas: Hch 10, 34a. 37-43; Col 3, 1-4 o 1 Cor 5, 6b-8; Jn 20, 1-9 o Mt 28, 1-10

Escritura:

“No está aquí; ha resucitado, como lo había dicho”. (Mt 28, 6)

Reflexión: La Pascua me trae poderosos recuerdos de mis años de adolescencia, cuando era líder de la Organización Juvenil Católica de nuestra parroquia. Durante varios años seguidos, planeábamos una misa de Pascua al amanecer. Horneábamos nuestras propias hostias para la comunión (según una receta oficial, por supuesto). Hacíamos pancartas de fieltro (después de todo, eran los finales de los 70) y planeábamos y practicábamos la música. E, inevitablemente, llovía y la misa terminaba en la pequeña capilla de bloques de cemento de nuestra parroquia, que no tenía iglesia en ese momento. Pero eso no hacía nada para apagar nuestra alegría pascual. Estábamos tan llenos del Espíritu y tan dispuestos a cantar “Aleluya” que la lluvia, el frío y el cemento no nos hacían nada. Jesús había resucitado de entre los muertos. ¿Cómo podríamos estar decepcionados?

No importa dónde te encuentres hoy, sean cuales sean tus problemas y luchas, sean cuales sean tus planes y responsabilidades, hay razones para regocijarte. Jesús no está muerto; está vivo. La cruz no fue una derrota para él, y no será una

derrota para nosotros si ponemos nuestra confianza en él. No siempre entendemos los caminos de Jesús. Como aquellos primeros discípulos, podemos mirar fijamente a la tumba vacía —o cualquier otra dificultad en nuestra propia vida— y preguntarnos: “¿Cómo puede ser esto?”. Jesús no nos pide que entendamos; nos pide que confiemos en que las cosas se están desarrollando tal como él dijo.

Meditación: Cuando vayas a misa hoy, presta atención a tu entorno físico: el cirio pascual parpadeando, los lirios con su poderosa fragancia, la música repleta de aleluyas, los niños con zapatos de charol, el incienso que se eleva hacia el cielo, el agua bendita que se enfría en tu piel, una lluvia de bendiciones en el sentido más literal. Es hermosa la manera en que usamos las cosas físicas para ayudarnos a salvar la distancia hacia Dios, como si estuviéramos tan hambrientos de acercarnos más, que nos esforzamos por hacer todo lo posible. Si tan sólo pudiéramos mantener ese fuego de amor durante todo el año. La Iglesia nos da un comienzo ofreciéndonos este hermoso tiempo pascual de cincuenta días. Puede que no usemos sombreros pascuales [nota del traductor: la autora se refiere aquí a los sombreros con flores que se usan en Estados Unidos] todas las semanas, pero el agua y las velas, la música y la alegría estarán presentes en la liturgia. Absórbelo. Deja que alimente tu alma.

Oración: ¡Aleluya, Aleluya! ¡Ha resucitado! Cantamos con alegría, nos inclinamos en gratitud, nos regocijamos en la resurrección.

Enfrentando el Miedo

Lecturas: Hch 2, 14. 22-33; Mt 28, 8-15

Escritura:

[Ellas] se alejaron a toda prisa del sepulcro, y llenas de temor y de gran alegría. (Mt 28, 8)

Reflexión: Temerosos pero alegres. Eso podría describir muchos momentos de nuestras vidas. Para mí, evoca recuerdos poderosos y preciosos del parto, las ansias de querer conocer a mi bebé, junto con el miedo al trabajo de parto. Sin embargo, después de que cada uno de mis tres hijos naciera, qué rápido se desvaneció el miedo de la memoria, dejando en su lugar sólo la suavidad. Me imagino que, para las mujeres en la tumba, la experiencia en el Evangelio de hoy fue muy parecida, ya que el temor del Viernes Santo, todavía tan fresco en sus mentes, es reemplazado por la comprensión de que Él ha resucitado. No sabían qué hacer con él, pero sabían lo suficiente para correr y difundir la noticia.

Tal vez por eso Jesús se apareció primero a las mujeres. Porque él sabía que aquellas que no tenían miedo de sacrificarlo todo para traer nueva vida al mundo estaban seguras de que no tendrían miedo ante lo imposible. En lugar de esconderse, las mujeres se regocijaron; en lugar de cuestionar, las mujeres creyeron. Qué fácil habría sido dejar de lado su encuentro como un producto de la imaginación, con el dolor

llevado al extremo. Pero eligieron el camino más difícil: el camino de la verdad, el camino de Jesús. Y no se contentaron con guardárselo para sí mismos. Sabían que tenían que compartir la Buena Nueva de Jesucristo con todos los que querían escuchar. ¿Escogeremos lo mismo?

Meditación: Piensa en un momento de tu vida en el que sentiste miedo y alegría. ¿Era un nuevo trabajo, un nuevo hijo, una mudanza a otra ciudad, una relación que exigía un riesgo? ¿Qué hizo que la alegría ganara sobre el miedo? Ahora piensa en un momento de tu vida en el que el miedo te hizo retroceder, te dejó paralizado. ¿Qué hiciste para sacudirlo? ¿Dónde estaba Dios en medio de todo esto? ¿Estaba Dios obviamente presente, o quizás sólo apenas visible, desde lejos? Hoy, deja ir cualquier temor que te esté reteniendo, y, como las mujeres en la tumba, deja que la alegría de la Pascua inunde tu corazón y te sacuda de tu sueño espiritual.

Oración: Jesús Resucitado, danos el valor de vivir con alegría aun cuando tengamos miedo, de saber que estás con nosotros aun cuando nos sentimos solos, de llevar tu mensaje al mundo donde pueda sanar, consolar, fortalecer, salvar.

El Jardín de Nuestras Vidas

Lecturas: Hch 2, 36-41; Jn 20, 11-18

Escritura:

“Mujer, ¿por qué estás llorando? ¿A quién buscas?” (Jn 20, 15)

Reflexión: Amo la imagen de Jesús como cuidador del huerto en el Evangelio de hoy. María Magdalena, encontrando el sepulcro vacío, busca a su Maestro, sin saber que está allí mismo, delante de ella, escondido a plena vista, hasta que dice su nombre y se le abren los ojos, allí en un jardín. Lo que ella pensaba que estaba perdido había estado ahí todo el tiempo. Lo que ella pensaba que le habían quitado es de repente tan real que Jesús debe decirle que lo suelte. Tengo que admitir que esta es una de mis escenas favoritas en la Biblia, tal vez la más favorita. Es la lectura que realmente quiero escuchar en la mañana de Pascua porque para mí es la esencia del momento de la realización de la resurrección y un recordatorio de que el primer testimonio del cuerpo glorificado de Jesús no fue uno de los doce, sino María de Magdala, la mujer que llegaría a ser conocida como Apóstol de los Apóstoles. La que es la primera en anunciar: “He visto al Señor”.

¿Y si María no hubiera pasado por ese camino ese día?
¿Qué pasaría si, por miedo, hubiera optado por no seguir

adelante con los rituales del funeral y las responsabilidades dejadas a las mujeres? Los apóstoles se escondían, temiendo que su fe los marcara para el mismo fin violento que su maestro. ¿Y si María no hubiera podido reconocer su nombre cuando fue pronunciado por el Señor porque estaba distraída por el miedo o era demasiado tímida para confrontar al cuidador del huerto con sus preguntas?

Meditación: ¿Dónde están los jardines de tu vida, los lugares por los que has vagado en busca de algo importante —propósito, amor, fe, coraje— y has encontrado sólo el vacío o lo que pensabas que era un vacío? Puedes conectar esa búsqueda con una ubicación física real: la playa, una montaña, una capilla. Tal vez sea un paisaje interno donde buscas sentido en medio del parloteo de tu mente preocupada. Sólo quédate quieto un momento. Entra en el silencio y escucha. ¿Dónde te llama el Señor? Tal vez estuvo ahí todo el tiempo. Vuélvete hacia él, como María, y enfréntate a esta hermosa verdad.

Oración: Te buscamos, Señor, en el ajetreo de nuestras vidas, en la soledad de nuestras luchas, en el caos de nuestro mundo. Ayúdanos a escuchar tu voz, a ver tu rostro en el jardín de nuestras vidas.

Sintiendo Algo Especial

Lecturas: Hch 3, 1-10; Lc 24, 13-35

Escritura:

“¡Qué insensatos son ustedes y qué duros de corazón para creer todo lo anunciado por los profetas!” (Lc 24, 25)

Reflexión: Por tercer día consecutivo, nuestras lecturas nos llevan dentro del miedo y la confusión que existía en los días inmediatamente posteriores a la muerte de Jesús en la cruz. Hoy, mientras los dos hombres caminan por el camino de Emaús hablando con el extraño, podemos sentir su frustración, desesperación y decepción. Jesús, que se suponía que los salvaría, salvaría a todo Israel, ¡fue crucificado! Puedes imaginarlos hablando animadamente, agitando los brazos, mientras tratan de hacer que el extraño entienda la enormidad de su dolor.

Así como Jesús los regaña por su estupidez e interpreta las palabras de los profetas, ellos no pueden ver más allá de su apariencia y pasar a la realidad del Mesías caminando junto a ellos. Pero sí sienten algo. ¿Qué es esto? ¿Qué hay de este hombre que les hace decir: “Quédate con nosotros”? Aunque no lo reconozcan, es claro que reconocen algo en sus palabras. Él les da comodidad y estabilidad en un momento en que se están tambaleando. Y Jesús es siempre paciente con ellos, esperando que recobren el sentido y vean

su promesa hecha manifiesta. Se necesita la fracción del pan para hacer eso. La comida que se ha convertido en el corazón del mensaje abre sus ojos, y todo el miedo y la confusión desaparece. Como las mujeres anteriores, llegan a comprender, finalmente, que Jesús ha vencido a la muerte, ha vencido a la cruz y ha ganado para todos ellos, para todos nosotros, la salvación.

Meditación: Escuchamos las historias de la Escritura tan a menudo en el curso de nuestras vidas que podemos entumecernos al significado. Como los discípulos que caminan por el camino de Emaús, podemos escuchar la Palabra y aun así perdernos a Dios presente en medio de ella. ¿Qué se necesita para que el mensaje se adhiera, para abrir los ojos a las formas en que hemos estado viviendo fuera de los límites del Evangelio, eligiendo el consuelo por encima de la compasión, la facilidad por encima de la verdad? A lo largo de este tiempo, como lo repiten las Escrituras más conocidas, trata de verlas bajo una nueva luz. Busca una frase, una escena, una palabra, y quédate ahí un rato. Deja que se abra camino hasta una pequeña grieta en tu caparazón.

Oración: Palabra de Dios, te buscamos hoy y todos los días para que nos guíes y nos hagas crecer. Sabemos que tienes las palabras de vida eterna. Ayúdanos a escucharlas con el corazón y a vivirlas a través de nuestras acciones.

Mentes Abiertas, Corazones Abiertos

Lecturas: Hch 3, 11-26; Lc 24, 35-48

Escritura:

¿Por qué se espantan? ¿Por qué surgen dudas en su interior? (Lc 24, 38)

Reflexión: Creer en algo que no podemos ver no es siempre fácil. Resulta que incluso ver no siempre es suficiente para creer, al menos no al principio. Con Jesús de pie en medio de ellos, los apóstoles luchaban para comprender la resurrección. Estaban preocupados, ¿y quién puede culparlos? Jesús puede ver las preguntas en sus rostros; sabe que les está pidiendo que acepten lo imposible, o lo que había sido imposible hasta ese día. Jesús tiene que “abrir sus mentes” a la Escritura. Sólo entonces pueden aceptar su muerte y resurrección y creer tan fervientemente que entonces salen y la predicán, aun a riesgo de su propia seguridad.

A veces me gustaría tener un momento así, donde Jesús abre mi mente y todo tiene sentido. Las preguntas que surgen en mi corazón día tras día se desvanecerían y de repente habría un gran ¡ajá! No veo que eso suceda pronto, así que a menudo me preocupa, me preocupa lo que no puedo entender, me preocupa que mi fe no sea lo suficientemente fuerte, me preocupa que nunca haré lo justo antes de dejar

este mundo para el próximo. Y a pesar de todo, si dejo de dar vueltas y de estresarme, Jesús pregunta: “¿Por qué?”.

¿Por qué estás preocupado? Jesús está aquí. Ahora mismo. Mira sus heridas y ve tu salvación.

Meditación: A mi abuela le encantaba hacer los viejos rompecabezas “Jumble” que salían en el periódico. Le gustaba el desafío de tratar de encontrarle sentido a algo sin sentido. ¿Alguna vez te has quedado perplejo ante un rompecabezas? Para mí siempre ha sido el cubo Rubik, y sin embargo tengo un primo que puede resolver ese rompecabezas en menos de un minuto. Creo que nuestras vidas espirituales pueden caer en patrones similares. A menudo luchamos para poner todo en su lugar y poner orden en el caos. Algunos de nosotros podemos suprimir la locura y llegar al corazón del asunto; otros de nosotros hacemos salidas falsas, retrocedemos, nos perdemos, pero siempre con los ojos en el cielo. No hay necesidad de preocuparse. El rompecabezas se resolverá solo cuando confiemos completamente en Dios y las escamas se nos caigan de los ojos.

Oración: Dios de milagros y prodigios, abre nuestras mentes a tu palabra, a tu presencia, a tu verdad. Despeja las nubes de confusión para que podamos enfocarnos completamente en ti.

Ser Fuertes

Lecturas: Hch 4, 1-12; Jn 21, 1-14

Escritura:

Pero ya muchos de los que habían escuchado sus palabras, unos cinco mil hombres, habían abrazado la fe. (Hch 4, 4)

Reflexión: Cada vez que siento que la duda se cuelga en mi vida de fe, vuelvo a la única cosa que tiende a alejar la duda: la gente a lo largo de la historia, desde la escena del Evangelio de hoy hasta hoy, ha estado dispuesta a sufrir en lugar de perder su fe. Aquellos que conocieron a Jesús de primera mano estaban dispuestos a arriesgarse a sufrir abusos, encarcelamiento e incluso la muerte para difundir el Evangelio. Pedro, que una vez negó incluso conocer a Jesús y que más tarde muere una muerte de mártir en una cruz, en la lectura de hoy dice de modo desafiante que ha curado a un hombre lisiado en el nombre de Jesús. Pero aún más allá de ese hecho ya notable, les dice que no hay salvación excepto a través de Jesús. Eso debe haber sido a la vez aterrador e irritante para los líderes judíos de la época. Este Jesús que ellos trataron de destruir no había desaparecido después de todo; su fuerza y alcance crecía exponencialmente día a día, todo ello alimentado por un ingrediente clave: amor, a Dios y al prójimo.

¿Qué estaríamos dispuestos a hacer en el nombre de Jesús? Lo más probable es que nos guste la idea de curar a alguien

que está enfermo mediante la fe, pero ese tipo de discipulado tiene un precio. Ya sea el sacrificio final de la persecución directa o el sacrificio de dejar el hogar para servir a los pobres o simplemente el sacrificio de tratar de vivir el Evangelio mientras criamos una familia, la fe en Jesús cuesta algo, y debería costar. ¿Estamos dispuestos a aceptar lo que la fe requiere, aun cuando eso signifique incomodidad, desafío, humillación y tal vez, en los casos más extremos, sufrimiento físico? ¿Seríamos tan confiados y desafiantes como Pedro si alguien nos confrontara y nos preguntara en nombre de quién hacemos nuestra obra y tenemos nuestro ser?

Meditación: ¿Tu fe alguna vez te causa incomodidad? ¿En el trabajo o en los círculos sociales? ¿Entre amigos o familiares? ¿Alguna vez has sentido miedo de decir la verdad del Evangelio por miedo a la humillación o a un desafío verbal? La próxima vez que eso suceda, en lugar de concentrarte en lo que te da miedo, concéntrate en lo que te da alegría. Cuando compartes la alegría de tu fe, no hay nada que temer.

Oración: Espíritu de Dios, danos el valor de decir la verdad no sólo con nuestras palabras sino también con nuestras acciones. Deja que nuestra fe atraiga a otros hacia ti.

Ver No Siempre es Creer

Lecturas: Hch 4, 13-21; Mc 16, 9-15

Escritura:

Después de esto, se apareció en otra forma a dos discípulos, que iban de camino hacia una aldea. (Mc 16, 12)

Reflexión: ¿Acaso no es interesante que cada vez que Jesús se aparece a sus discípulos en los días siguientes a la resurrección, esconde su identidad al principio? En el jardín, en el camino de Emaús, en la sala superior cerrada con llave. Los discípulos no reconocen inmediatamente a Jesús, y los que no lo han visto por sí mismos se niegan a creer en las noticias. Sólo después de que algo extraordinario sucede, se dan cuenta de que es Jesús. Eso me da algo de consuelo. Incluso a los seguidores más cercanos de Jesús les costaba ver y creer. Necesitaban un empujón, un milagro, una señal. O, en el caso de hoy, ser “reprendidos” por el propio Maestro.

¿Con qué frecuencia pasamos nuestros días sin la presencia de Dios en nuestras vidas? Oramos pidiendo una señal, le pedimos a Dios que nos hable, vagamos por nuestros días en una neblina espiritual, sin notar o reconocer lo milagroso entre los momentos mundanos de nuestras vidas. Mientras tanto, todo el tiempo Jesús está allí, esperando que en algún momento lo reconozcamos, esperando que queramos estar siempre cerca de él, esperando que nuestra fe nos obligue a

querer compartir esa misma paz y alegría con los demás. Pero no nos transformamos tan fácilmente, ¿verdad? Somos un pueblo inconstante, pero Jesús es paciente, persistente, presente.

Meditación: ¿Alguna vez ha habido un momento en tu vida en el que, después de que algo asombroso sucedió, pensaste en el pasado y sólo entonces reconociste la mano de Dios en él? Recuerdos un tiempo atrás, cuando le dije a alguien de pasada que deseaba que Dios me escribiera una carta y me dijera lo que necesitaba hacer. En la semana siguiente, recibí un montón de cartas manuscritas inesperadas de amigos (todos ellos extraños entre sí) que decidieron escribirme palabras de aliento de la nada. No vi la conexión hasta el cuarto día cuando aparecieron dos cartas a la vez. Y en ese momento, fue como si mis ojos se hubieran abierto por primera vez, como si los colores a mi alrededor fueran de repente más brillantes, más profundos. Me transformé, o eso creí. Pero unas semanas después, volví a quejarme como siempre, esperando otra señal. Los colores brillantes no se habían desvanecido; sólo se había desvanecido mi fe.

Oración: Dios de misterio, ayúdanos a reconocerte en los detalles de nuestra vida cotidiana, a ver tu rostro en los que caminan en este viaje a nuestro alrededor, y a reaccionar con alegría y amor.

19 de abril: Segundo Domingo de Pascua
(Domingo de la Divina Misericordia)

Probados por el Fuego

Lecturas: Hch 2, 42-47; 1 Pe 1, 3-9; Jn 20, 19-31

Escritura:

Bendito sea el Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, por su gran misericordia, porque al resucitar a Jesucristo de entre los muertos. (1 Pe 1, 3)

Reflexión: El sufrimiento y la misericordia, la duda y la fe están en el centro de las lecturas de hoy, desde el momento infame de Tomás en la sala superior, hasta la advertencia de Pedro de las pruebas que vendrán a probar la fe de los seguidores de Jesús, pasando por el Evangelio que nos ofrece una visión del perdón que es nuestro a través del sacramento de la reconciliación. Una semana después de Pascua, los lirios siguen vibrando, la alegría sigue siendo dulce, y ya hemos vuelto a los temas que nos hacen sentir un poco incómodos. ¿No podemos deleitarnos un poco más en esta celebración de la resurrección antes de hablar del sufrimiento y de las pruebas?

Eso es ver las noticias de la Pascua con ojos mundanos, ojos que miran hacia otro lado ante el primer indicio de dificultad e incomodidad, tensión y lucha. Queremos que la fe nos traiga una paz que promete tranquilidad y calma, pero si la cruz nos enseña algo es que la tranquilidad no es el camino de un

discípulo. Y, realmente, cuando lo piensas, ¿cuántas cosas que realmente valen la pena en tu vida fueron fáciles de alcanzar? Ninguna, supongo. Este viaje a través de la vida nos llevará por altibajos, a través de campos de flores y desiertos de tierra ardiente. Pero Jesús está siempre con nosotros, ofreciendo las refrescantes aguas del perdón, la renovación, la misericordia y la esperanza. En este Domingo de la Divina Misericordia, reflexionemos sobre la imagen de Jesús con agua y sangre que brota de su costado herido y sepamos en nuestras almas que su sufrimiento nos limpia y nos ofrece la salvación, y digamos con confianza: “Jesús, en ti confío”.

Meditación: Todos tenemos un pequeño Tomás dentro de nosotros. No importa cuán fuerte sea nuestra fe, hay un pedazo de nosotros que alberga una pizca de duda, especialmente cuando las cosas empeoran o cuando alguna prueba nos hace preguntarnos. El pobre Tomás tiene mala reputación por sus dudas, ¿pero puedes culparlo? Creer que Jesús había vuelto de entre los muertos era demasiado bueno para ser verdad. Probablemente hemos conocido ese sentimiento, cuando escuchamos algo al pasar y pensamos: “Lo creeré cuando lo vea”. Jesús nos recuerda hoy que ser capaz de creer sin ver es un don. Hoy, renueva tu confianza en la promesa de Jesús.

Oración: Dios de misericordia, confiamos en tu bondad, incluso cuando nuestros corazones humanos son vencidos por la sombra de la duda. Danos una fe que no requiera pruebas, que resista cualquier prueba.

Tierra, Viento y Fuego

Lecturas: Hch 4, 23-31; Jn 3, 1-8

Escritura:

“El viento sopla donde quiere y oyes su ruido, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así pasa con quien ha nacido del Espíritu”. (Jn 3, 8)

Reflexión: Cuando alguien dice que ha “renacido”, tiene ciertas connotaciones en nuestra sociedad, y para aquellos de nosotros que somos católicos, puede parecer algo misterioso o extraño. Pero Jesús nos dice claramente en el Evangelio de hoy que ninguno de nosotros llega al cielo a menos que hayamos nacido de nuevo o, más exactamente, “nacido desde arriba” (Jn 3, 3). No tenemos que hablar en lenguas o caminar sobre clavos o pararnos en las esquinas de las calles citando las Escrituras. Lo que Jesús está describiendo es a la vez poderoso e invisible, descabellado y silencioso como un susurro. Imagínate una brisa que apenas mueve una cortina que cuelga de una ventana abierta. Puede que la percibas apenas, pero lo más probable es que ni siquiera te des cuenta de ella. Eso no significa que la brisa no esté allí. ¿Notaríamos al Espíritu si fuéramos movidos de tal manera, o estaríamos tan distraídos, tan ocupados que perderíamos el empujón y con él la oportunidad de renacer?

A veces pienso que cerramos la ventana al Espíritu porque tenemos miedo de lo que puede significar nacer de lo alto, nacer desde arriba, temerosos de acercarnos demasiado a ese tipo de poder transformador. Puede que ni siquiera nos demos cuenta de que lo estamos haciendo. Es instintivo. Queremos proteger nuestra cómoda rutina, y el Espíritu es todo menos cómodo o rutinario. Nacer de nuevo requiere audacia, como vemos en la primera lectura cuando la presencia del Espíritu es tan poderosa que la tierra tiembla. ¿Estás dispuesto a dejarte sacudir por el Espíritu para ser salvado?

Meditación: Nacer de nuevo suena como una gran tarea. ¿Por dónde empezamos? En la oración. Siempre en la oración. Y en el silencio. Sigue trayéndote de vuelta a la quietud hoy. Cuando sientas que empiezas a correr sin sentido, regresa a tu centro. Si tienes una oración corta que te puede ayudar a hacer eso, usa ese método. Di la breve oración de Jesús: “Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador”. O acórtala aún más y di simplemente: “Misericordia”. Tal vez haya otra frase o palabra que ayude a calmar tu alma. Úsala diariamente hasta que te ayude a abrir un espacio en ti donde el Espíritu pueda entrar.

Oración: Soplo de Dios, llévame en la corriente de tu amor hasta que mi corazón esté ardiendo con el fuego espiritual que viene de confiar en ti completamente.

Armonía Imperfecta

Lecturas: Hch 4, 32-37; Jn 3, 7b-15

Escritura:

La multitud de los que habían creído tenía un solo corazón y una sola alma; todo lo poseían en común y nadie consideraba suyo nada de lo que tenía. (Hch 4, 32)

Reflexión: No sé ustedes, pero yo ni siquiera puedo hacer que la comunidad de creyentes alrededor de mi propia mesa de cocina tenga un solo corazón y una sola mente la mayoría de los días. Así que me asombra la forma en que la comunidad en la primera lectura de hoy logró crear la armonía en un mundo que era todo menos armonioso. La persecución y el peligro estaban a la vuelta de la esquina, pero estos primeros cristianos estaban tan comprometidos con las enseñanzas de Jesús que sus diferencias desaparecían o al menos se mantenían bajo control. Ese es un mundo muy lejano del que vivimos, donde nada parece estar bajo control y todo es una razón para tomar partido y unirse a la pelea —ya sea virtual o literal— a gritos.

Aunque a menudo estamos dispuestos a donar dinero a los necesitados, a ofrecer nuestro tiempo como voluntarios para una buena causa y a reunirnos por lo menos una vez a la semana para la liturgia, este tipo de vida evangélica compartimentada nos permite ser el guardián de nuestro her-

mano sin ser el hermano (o hermana) de nuestro hermano. Obviamente, no todos nosotros vamos a vender nuestras casas y echar el dinero en un fondo mutuo y vivir como una gran familia feliz, pero ¿por qué no empezar a construir una comunidad cristiana armoniosa justo donde estamos?

Meditación: El escritor espiritual y teólogo Henri Nouwen escribió a menudo sobre la importancia de la comunidad en la vida espiritual, diciendo: “Damos testimonio de la presencia compasiva de Dios en el mundo por la forma en que vivimos y trabajamos juntos”. Pero para muchos de nosotros, vivir y trabajar con otros es precisamente donde encontramos estrés y tensión. ¿Cómo podemos empezar a vivir y trabajar con otros de una manera que fomente la compasión y la armonía por encima de la discordia y la decepción? Incluso si no compartimos todo en común como nuestros primeros antepasados espirituales, ¿podemos seguir su ejemplo y encontrar maneras de orar juntos en común en casa, para inculcar acciones de apoyo, si no abiertamente espirituales, al menos emocionales en nuestros lugares de trabajo, para ayudar a construir la vida de oración comunitaria de nuestras parroquias no sólo el domingo, sino a lo largo de la semana y el año? ¿Qué es lo que puedes hacer hoy para dar el primer paso hacia la construcción de una comunidad cristiana?

Oración: Dios de compasión, enséñanos a soportar nuestras diferencias en paciencia y amor, a dejar ir los pequeños desaires y a concentrarnos en las cosas más profundas que nos unen como familia humana.

Cubierta de Oscuridad

Lecturas: Hch 5, 17-26; Jn 3, 16-21

Escritura:

La causa de la condenación es ésta: habiendo venido la luz al mundo, los hombres prefirieron las tinieblas a la luz, porque sus obras eran malas. (Jn 3, 19)

Reflexión: Hemos visto muy bien en nuestra Iglesia lo que sucede cuando la gente prefiere la oscuridad a la luz. El escándalo que continúa, como una piedra de molino alrededor del cuello de nuestra Iglesia universal, sucedió porque la gente temía la luz y lo que la luz podría revelar y cómo eso podría reflejarse en ellos, incluso si no eran ellos los que hacían las malas acciones, abusando de los niños. Y así, todos estos años después, los fieles han tenido que lidiar una y otra vez con la humanidad fracasada que es nuestra Iglesia, con la oscuridad que continúa ejerciendo su poder incluso entre aquellos a quienes se les ha confiado transmitir la fe, perdonar los pecados, celebrar la Misa y darnos la Eucaristía. Puede ser difícil para la gente en las bancas, esta oscuridad repetitiva y envolvente que les roba la confianza que alguna vez tuvieron.

La oscuridad es seductora, y no de una manera sensual. Uno se siente seguro y cómodo, como una manta que nos protege contra el frío. Pero en realidad, es peligroso, diabó-

lico porque nos permite olvidarnos de las cosas que no queremos admitir o que no nos gusta mirar. Si evitamos la luz de la verdad, la luz de Cristo, tal vez nadie se dará cuenta y todo desaparecerá por sí solo. Pero no es así. Sólo consigues una fijación más firme y un alcance más largo, haciendo más y más difícil que la Luz se filtre a través de una abertura. ¿Es de extrañar que los niños tengan miedo de la oscuridad? Puede que no haya monstruos debajo de la cama, pero ellos saben innatamente que la oscuridad es donde se esconden los demonios.

Meditación: ¿Alguna vez has estado en una habitación totalmente oscura, tal vez durmiendo a la deriva, cuando alguien enciende una luz brillante por encima de la cabeza? Te hace retroceder, esconder la cara, tal vez explotar de rabia. Mientras que esa es una reacción normal para alguien que se despierta abruptamente del sueño, también es la manera en que nuestro yo interior tiende a reaccionar a la luz que brilla sobre nuestras faltas y pecados. Nos retractamos, cerramos la cortina de nuestra alma, nos damos la vuelta, pero es una causa perdida. La luz siempre encuentra la forma de entrar. ¿Por qué no pulsas el interruptor tú mismo y lo pones todo delante de Dios?

Oración: Cristo, nuestra Luz, dame el valor de desnudar los pecados que escondo en las tinieblas, de buscar el perdón, de reconciliarme contigo en la luz gloriosa de tu amor.

Dinámica Cambiante

Lecturas: Hch 5, 27-33; Jn 3, 31-36

Escritura:

“Primero hay que obedecer a Dios y luego a los hombres”.
(Hch 5, 29b)

Reflexión: No temas. Eso es todo lo que puedo pensar cuando leo esa feroz e inquebrantable declaración de Pedro frente a la oposición y las amenazas del Sanedrín, sabiendo muy bien que él y los demás apóstoles podrían ser crucificados tal como lo fue Jesús por responderles, por seguir enseñando, por creer en Aquel a quien sus autoridades pensaban haber destruido. Estos hombres que una vez estuvieron llenos de miedo ahora están tan llenos de fe que ni siquiera pueden dejar de preocuparse por todos los “y si . . .”, las consecuencias de sus acciones. Deben obedecer a Dios; no hay otra opción. Es el tipo de fe que anhelo, el tipo de fe que siempre pienso que estoy buscando y luego aparece algo difícil, un reto que es demasiado para que mi débil espíritu lo acepte, y me desmorono como un castillo de naipes. Me siento como la chica del “Templo del Espíritu Santo” de Flannery O’Connor: “Ella nunca podría ser una santa, pero pensó que podría ser una mártir si la mataban rápido”. Estoy dispuesta a seguir mientras las cosas no se compliquen dema-

siado, pero, como sabemos, la vida espiritual casi *siempre* se complica. Nuestra fe no es para los débiles de corazón.

Pedro y los demás fueron alimentados por algo más grande y profundo que ellos mismos, alimentados por la fe, sí, pero más que eso, por una confianza permanente. Toda duda había desaparecido. No habría más negación. La resurrección lo cambió todo, como debe ser para nosotros. Cuando empezamos a vacilar, podemos mirar a esta escena, la claridad y el coraje de Pedro, y podemos orar pidiendo un poco de eso.

Meditación: Ponte en la primera lectura de hoy junto a Pedro. O tal vez estás del otro lado, un miembro del Sanedrín en esta escena. ¿Qué es lo que pasa por tu mente mientras esta conversación se desarrolla? ¿Sientes miedo o poder? ¿Hay alguna parte de ti que quiere huir? ¿Cómo este momento cambia la dinámica, cambia tu vida? ¿Qué sucede después de que esta conversación termina ese día, cuando la furia aumenta entre los miembros del Sanedrín? Aprovecha este momento cada vez que las dudas empiecen a surgir.

Oración: No tengan miedo, nos dices una y otra vez. Y queremos tanto despojarnos del miedo y ser valientes en tu nombre. Danos fuerzas, Jesús, para ser una roca como Pedro.

Semillas de Fe

Lecturas: Hch 5, 34-42; Jn 6, 1-15

Escritura:

“Porque si lo que se proponen y están haciendo es de origen humano, se acabará por sí mismo. Pero si es cosa de Dios, no podrán ustedes deshacerlo”. (Hch 5, 38b-39a)

Reflexión: Las modas y la fama van y vienen; las celebridades y todas las estrellas eventualmente pierden el foco de atención, no importa cuán grandes o populares hayan sido alguna vez. Nada dura para siempre. ¿O sí? Lo que Jesús comenzó no podía ser apagado por la intimidación, las amenazas e incluso la muerte. De hecho, esas cosas sólo hicieron que los seguidores de Jesús crecieran en número y fuerza.

“Efectivamente, en medio de nosotros hay alguien que es más fuerte que el mal, más fuerte que las mafias, que los entramados oscuros, que quien se lucra sobre la piel de los desesperados, que el que aplasta a los demás con prepotencia”, dijo el Papa Francisco durante una audiencia semanal el 28 de junio de 2017. “Los cristianos entonces deben hacerse encontrar siempre “en el otro lado” del mundo, el elegido por Dios: no perseguidores, sino perseguidos; no arrogantes, sino dóciles; no vendedores de humo, sino sometidos a la verdad; no impostores, sino honestos”.

Uno pensaría que, con ese tipo de requisitos, este no sería un club al que alguien quisiera entrar, y, sin embargo, aquí estamos. Como vimos en la primera lectura de hoy, muchos pensaron que Jesús sería otra moda pasajera, sus seguidores esparcidos en su ausencia. Excepto que nunca estuvo ausente, y no está ausente para nosotros hoy. Incluso ahora, la gente está dispuesta a morir por esa verdad, por ese Alguien, por ese proyecto que no pudo ser destruido.

Meditación: El Papa Francisco habla de Jesús como “alguien más fuerte que el mal”. ¿Lo crees? ¿Crees que Jesús es más fuerte que el mal desenfrenado que vemos a nuestro alrededor en los titulares todos los días? ¿Cuáles son los desafíos a los que te enfrentas cuando tratas de conformar tu vida a las enseñanzas de Jesús? ¿Estás en el mundo o *eres del mundo*? No es fácil permanecer en el lado espiritual del mundo cuando el lado secular tiene tanto poder y prestigio. Es difícil renunciar a la gloria y conformarse con un puesto inferior, pero eso es lo que Jesús hizo y lo que nos pide. Comió con prostitutas y recaudadores de impuestos, lavó los pies de sus discípulos, circuló por los márgenes de su sociedad y era ridiculizado por ello. ¿Estamos dispuestos a hacer lo mismo?

Oración: Hijo de la Justicia, los signos de nuestro tiempo a menudo apuntan en la dirección equivocada. Ayúdanos a ver claramente el camino que nos has trazado. Como nos enseñaste a orar, “No nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal”.

En las Alas del León

Lecturas: 1 Pe 5, 5b-14; Mc 16, 15-20

Escritura:

Estén alerta y no se dejen sorprender, porque su enemigo, el diablo, como un león rugiente, anda buscando a quien devorar. Resístanle. (1 Pe 5, 8-9a)

Reflexión: Puedes sentir el empuje y la atracción de la fe en las lecturas de hoy, que nos dan ambos extremos del espectro de esta vida espiritual. Por un lado, escuchamos a Pedro diciéndonos que estemos en guardia porque el diablo nunca está lejos, siempre buscando nuestro punto débil. Y luego está el Evangelio de San Marcos, cuya fiesta celebramos hoy, recordándonos que los que creen serán capaces de hacer cosas asombrosas en el nombre de Jesús, aunque yo no recomendaría agarrar ninguna serpiente ni beber nada mortal sin importar lo lejos que llegues en este camino espiritual. Aun así, entendemos lo que quiere decir. Con Jesús, podemos hacer cualquier cosa; sin Jesús, somos presa fácil del león que yace al acecho.

Qué apropiado que tengamos esta imagen del diablo como un león al acecho mientras celebramos la fiesta de San Marcos, cuyo símbolo es un león alado. Un león que no está atado a lo que hay debajo; un león capaz de alcanzar el cielo, de escapar de cualquier trampa que el diablo pueda poner. Cier-

tamente, San Marcos lo hizo durante su vida, cuando se propuso difundir la Buena Nueva lejos de su patria y murió como un mártir. Como siempre, la Escritura nos fundamenta en la verdad, llamándonos a permanecer “firmes en la fe, sabiendo que nuestros hermanos en este mundo se enfrentan con sufrimientos semejantes” (1 Pe 5, 9b). Tan verdadero ahora como lo fue entonces.

Meditación: Típicamente no pensamos en el diablo como un león. Aunque puede ser feroz, esa criatura parece demasiado noble para ser asociada con el diablo. Pensamos en Aslan en *Narnia* de Lewis, o el no tan cobarde león de *El maravilloso mago de Oz* de L. Frank Baum. Tal vez esa sea la astucia del diablo, tomando una forma que pretende ser noble y usándola para el mal. Si no estamos prestando atención, podríamos ser engañados. ¿Ha habido momentos en tu vida en los que realmente creíste que algo era bueno y verdadero, sólo para descubrir más tarde que era una mentira? Hoy demos alas a nuestro león para que, en lugar de abalanzarse sobre nosotros cuando estemos en el suelo, nos levante por encima de la refriega y nos lleve a un lugar seguro.

Oración: Buen San Marcos, ruega por nosotros al enfrentarnos a la oscuridad en medio de nosotros, a los leones que cazan más que a los leones que vuelan. Danos alas para volar hacia el cielo.

Deja una Luz Encendida

Lecturas: Hch 2, 14. 22-33; 1 Pe 1, 17-21; Lc 24, 13-35

Escritura:

[P]ero ellos le insistieron, diciendo: “Quédate con nosotros, porque ya es tarde y pronto va a oscurecer”. Y entró para quedarse con ellos. (Lc 24, 29)

Reflexión: Hoy nos encontramos de nuevo en el camino de Emaús, caminando junto a Cleofás y su compañero. Sentimos su confusión y miedo mientras hablan de las historias que están escuchando, historias de un hombre muerto y vuelto a la vida, su maestro crucificado hablando con algunas de las mujeres. Podrían haber pensado que se trataba de un truco del diablo o de una pura fantasía. Imagínate, entonces, cuando un extraño se une a ellos y parece decir todas las cosas correctas. No están seguros de entenderlo, pero saben una cosa: se sienten bien cuando están con él, menos asustados. Qué bueno sería tener a este extraño a su lado cuando se enfrentan a quién sabe qué en las noches y los días venideros.

¿No sentimos a menudo lo mismo por Dios? Vemos a Dios presente en nuestras vidas, una repentina sensación de paz, un sentimiento profundo en nuestro corazón de que todo está bien con el mundo cuando antes se sentía todo mal. Queremos capturarlo, embotellarlo, rogarle a Dios que se

quede ahí. Queremos gritar “¡no te muevas!”, tan alegres por este momento de consuelo, este recordatorio de que no estamos solos. Por supuesto, el momento suele pasar, aunque somos nosotros los que nos alejamos de Dios y no al revés. Dios nos pregunta si nos quedaremos con él, no sólo por un día o una noche, sino para siempre. Quédate. No te muevas. Dios está justo donde tú estás ahora mismo.

Meditación: ¿Alguna vez has estado solo en un lugar extraño que debería estar lleno de gente? Puede ser desconcertante. Me he encontrado en muchas ocasiones en casas de retiro vacías, donde soy la única huésped que hace ruido en los largos pasillos. Me dirijo a la capilla, hambrienta de la luz sobre el tabernáculo, recordándome que no estoy sola. En la presencia de Jesús encuentro consuelo y seguridad, y llevo ese sentimiento de vuelta a mi solitario final del pasillo. Podemos llevar eso con nosotros siempre; tendemos a olvidar. Encuentra un tiempo esta semana para sentarte ante un tabernáculo y sacar fuerzas de la silenciosa pero poderosa presencia de Dios en el Santísimo Sacramento.

Oración: Jesús, tú eres el Pan de Vida, el alimento que alimenta, la presencia que consuela, la verdad que ilumina el camino. Quédate con nosotros; vive en nosotros.

Revisitando la Cuaresma

Lecturas: Hch 6, 8-15; Jn 6, 22-29

Escritura:

“No trabajen por ese alimento que se acaba, sino por el alimento que dura para la vida eterna y que les dará el Hijo del hombre; porque a éste”. (Jn 6, 27)

Reflexión: Todos tenemos que trabajar por el alimento que perece, así que el Evangelio de hoy puede ser un poco perturbador para los que traemos a casa un cheque de salario para mantener la despensa llena y las luces encendidas. Pero hay una diferencia entre trabajar para vivir y vivir para trabajar, y creo que eso puede estar en el corazón del mensaje de Jesús hoy: ¿Ponemos nuestra fe en las cosas terrenales que podemos comprar? ¿Hemos hecho un ídolo de nuestro trabajo, de nuestro coche, de esos “alimentos especiales” que sólo se pueden comprar en ciertas tiendas? ¿O entendemos que esas cosas son buenas, pero no son importantes?

Hace poco me dirigía a una casa de retiros para pasar dos días en soledad y silencio. Empaqué una nevera portátil con todas mis comidas para no tener que romper la quietud de la habitación ermitaña que me habían asignado. Estaba a unos cuarenta y cinco minutos de mi viaje cuando me di cuenta de que había dejado la nevera junto a la puerta del garaje. No tenía comida, y no habría comida disponible. Al

principio, estallé de frustración, maldiciendo mi estupidez. Pero entonces Dios me hizo entrar en razón. Esto podría ser una oportunidad. Podía hacer lo que estuviera disponible y vivir como una verdadera ermitaña en lugar de una suburbana bien alimentada. Comí una barra de granola rancia en el almuerzo y palomitas de maíz en la cena. Encontré cereal seco en la cocina del centro de retiros y un paquete de mantequilla de maní. Mi estómago gruñía de vez en cuando, pero estaba lleno en un nivel más profundo, en un nivel que no podía perecer, aunque lo hiciera mi nevera.

Meditación: Echa un vistazo a cómo gastas tu tiempo, tu dinero, tu energía. ¿Puedes dejar que algunos de los “productos perecederos” desaparezcan —tal vez un exceso de tiempo en los medios sociales, demasiado dinero gastado en ropa, demasiada energía gastada en ganar prestigio? Aunque tendemos a pensar en el ayuno como algo reservado para la Cuaresma, es beneficioso en cualquier época del año. Durante este tiempo de Pascua, ¿puedes revisar tus promesas cuaresmales y ver si pueden ser vivificantes incluso ahora?

Oración: Dios de toda la creación, has llenado este mundo de belleza y asombro que con demasiada frecuencia ignoramos y descuidamos. Danos ojos para ver lo que da vida y un corazón que elige sabiamente.

Sobre un Ala y una Oración

Lecturas: Hch 7, 51-8, 1a; Jn 6, 30-35

Escritura:

“Hombres de cabeza dura, cerrados de corazón y de oídos. Ustedes resisten siempre al Espíritu Santo; ustedes son iguales a sus padres”. (Hch 7, 51)

Reflexión: “Pueblo de cabeza dura”. Esas palabras suscitan toda una imagen en nosotros, ¿no es cierto? Una imagen que se siente un poco demasiado cerca para estar cómoda, al menos desde donde estoy parada. Normalmente no soy cabezadura, pero a veces ese impulso se abre paso en mi vida espiritual. Algún reto o decepción aparece en mi vida, y decido que castigaré a Dios encerrándolo, bloqueando al Espíritu Santo. Por supuesto, obedecer al Espíritu Santo no significa que tengamos que ser un felpudo; a menudo todo lo contrario. Pienso en algunos de nuestros grandes santos, que a menudo eran todo menos silenciosos en su determinación de hacer la obra del Espíritu. Sólo tenemos que asegurarnos de que estamos en el lado correcto.

Estaba viendo la película *Vision*, sobre la vida de la mística del siglo XII Santa Hildegarda de Bingen, y no pude dejar de maravillarme de su absoluta *osadía* al enfrentarse a abades y obispos e incluso al Papa. Hizo el trabajo que tenía que hacer, y a menudo le desagradaba, pero siempre hacía lo que

el Espíritu le pedía. “Así soy yo, una pluma en el soplo de Dios”, escribió. Plumas, tan ingravidas y frágiles, y, sin embargo, tan cautivadoras y libres. Cuando permitimos que el Espíritu nos lleve, nosotros también somos libres, incluso cuando la gente no está de acuerdo con nosotros o se opone a nosotros con sus cabezas duras.

Meditación: Aunque podemos imaginarla con el ojo de nuestra mente, rara vez vemos una pluma flotando en la brisa. Aun así, hay cosas similares que evocan el mismo sentimiento: una hoja que se arremolina desde la copa de un árbol, un globo de helio volando hacia las nubes. ¿Qué evocan esas imágenes para ti? ¿Te gusta la idea de flotar libremente sin un rumbo fijo, o le gusta la solidez de estar conectado a tierra o al menos atado? Una vez estuve en un taller para matrimonios donde el animador me preguntó si preferíamos ser una cometa o un tendedero. Ninguna de las dos respuestas fue errónea, pero una se queda quieta y la otra rebota al capricho del viento. ¿Cuál eres tú? ¿Una pluma, una hoja, un globo, un tendedero, una cometa? Pregúntale al Espíritu y luego deja que el Espíritu te muestre cómo ser la mejor versión de ti.

Oración: Espíritu Santo, sabemos que confiar en ti significa dejar ir nuestra necesidad de controlar las cosas, flotando en vez de conduciéndolas. Danos la gracia de aflojar nuestro agarre y dejarte guiar el camino.

29 de abril: Santa Catalina de Siena,
Virgen y Doctora de la Iglesia

El Coraje de Catalina

Lecturas: Hch 8, 1b-8; Jn 6, 35-40

Escritura:

“La voluntad de mi Padre consiste en que todo el que vea al Hijo y crea en él, tenga vida eterna y yo lo resucite en el último día”. (Jn 6, 40)

Reflexión: Colgado en mi oficina sobre mi escritorio hay un icono de Santa Catalina de Siena. En esta imagen en particular, tiene un gran barco de madera —la barca de Pedro, que representa la iglesia— que se eleva sobre su hombro. Catalina está inclinada bajo el peso de la misma pero fuerte. La colgué allí para recordarme que la iglesia ha estado acosada por problemas, escándalos y desafíos en el pasado, y que se necesita de cada uno de nosotros para salir adelante. En su tiempo, Catalina de Siena estuvo involucrada no sólo en asuntos espirituales sino también en asuntos políticos y se le atribuye el mérito de hacer que el Papa trasladara la Santa Sede de Aviñón a Roma, lo cual no era poco. Catalina sufrió por su fe, pero no se dejó intimidar. Podemos mirarla cuando nos sentimos al borde del vuelco, y recordar que no todo está perdido, nunca todo está perdido, cuando estamos enfocados en Jesús.

“Empieza siendo valiente en todo”, escribió Santa Catalina. “Expulsa las tinieblas y difunde la luz. No mires tus

debilidades. Comprende que en Cristo crucificado puedes hacerlo todo”.

La primera comunidad cristiana en la primera lectura de hoy lo sabía de primera mano. Mientras eran arrastrados de sus casas y encarcelados por Saulo por su fe en Jesucristo, no vacilaron, porque conocían la verdad, porque creían en la vida eterna que Jesús nos promete de nuevo hoy.

Meditación: A menudo sentimos que la valentía es la obligación de otras personas. El trabajo de un superhéroe o un bombero o un soldado. A menudo no consideramos la valentía como algo que necesitamos incluir en nuestra lista diaria de cosas por hacer. Las lecturas y el día de fiesta de hoy nos recuerdan que estamos equivocados en ese sentido. La valentía es una decisión diaria. Tal vez la valentía no responde de la misma manera cuando alguien nos maltrata. Tal vez la valentía es salir de nuestra zona de confort para ayudar a alguien en problemas. Tal vez la valentía es tomar las decisiones de padre o madre que nuestros hijos necesitan, en lugar de las decisiones que les gustaría a ellos. Lo más probable es que este día le brinde la oportunidad de ser valiente. Fíjate en ello y pídale a Jesús que te dé la valentía de Catalina.

Oración: Santa Catalina de Siena, confiaste completamente en Jesús, incluso cuando significaba el sufrimiento, incluso cuando tuviste que hacer cosas difíciles con valentía. Ora para que podamos encontrar esa misma confianza y fortaleza al enfrentar los desafíos de nuestro día.

Un Hermoso Desfile

Lecturas: Hch 8, 26-40; Jn 6, 44-51

Escritura:

“Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre, y el pan que yo les voy a dar es mi carne para que el mundo tenga vida”. (Jn 6, 51)

Reflexión: A veces, cuando estoy en la Misa y debo tener la cabeza inclinada en oración después de recibir la Comunión, me encuentro mirando en cambio a la fila de personas que se acercan a mí. Y aunque ese no parezca ser el uso más apropiado de mi tiempo de meditación después de la Comunión, es precisamente lo que me lleva a una comunión más profunda con los que me rodean. Veo familias haciendo malabares con bebés y niños pequeños, recordando mis primeros años de tratar de averiguar cómo recibir la comunión con reverencia mientras uno o dos niños me tiran del brazo. Parejas mayores, adolescentes soñolientos, primeras comuniones recién acuñadas. Es un hermoso desfile. A veces un grupo de gente desaliñada, pero también lo eran los apóstoles. Estamos en buena compañía. Y con cada persona que pasa, siento que el amor crece. Estamos juntos en esto, todos nosotros haciendo lo mejor que podemos, lo cual puede no ser lo suficientemente bueno en nuestras mentes, pero probablemente es más que suficiente para Dios.

En una homilía sobre el Cuerpo de Cristo, el padre trapense Thomas Keating dice que Cristo, presente físicamente en la Eucaristía sobre el altar en la Misa, “acerca a Cristo a nosotros, más cerca que a sus discípulos en los caminos de Jerusalén o en Galilea” y que “une a la asamblea en uno”.

Creo que es fácil dar por sentada la Eucaristía, por lo que nos sentimos bendecidos de recibirla con regularidad. Pero si alguna vez has sido forzado a estar lejos de la Comunión por un tiempo prolongado, probablemente has comenzado a sentir la atracción hacia el hogar, hacia Cristo. Nuestros cuerpos saben lo que nuestras almas necesitan.

Meditación: La próxima vez que vayas a misa, usa tu tiempo de oración después de la Comunión como una oportunidad para orar por tu comunidad parroquial. A medida que cada persona pasa a tu lado, bendícela en silencio y reconoce tu vínculo común en Jesús partido por nosotros en el altar cada día. ¿Puedes buscar la experiencia de otro famoso monje trapense, Thomas Merton, que una vez se paró en una esquina de la calle y sintió un amor incontenible por la gente que lo rodeaba? Estaban “brillando como el sol”, dijo. Trata de ver eso desde el banco de tu propia parroquia.

Oración: Cordero de Dios, no somos dignos del don de la Eucaristía, pero estamos agradecidos por este alimento espiritual que nos atrae a ti y a los demás. Que el Pan de Vida nos transforme de adentro hacia afuera.

1 de mayo: Viernes de la Tercera Semana Santa
(San José Obrero)

La Obra de Dios

Lecturas: Hch 9, 1-20; Jn 6, 52-59, o, para la Memoria, Gen 1, 26-2, 3 o Col 3, 14-15. 17. 23-24; Mt 13, 54-58

Escritura:

“¿Acaso no es éste el hijo del carpintero?” (Mt 13, 55)

Reflexión: Es gracioso y de alguna manera apropiado que, en esta memoria de San José Obrero, un día para reconocer a uno de nuestros santos más grandes, tengamos una lectura del Evangelio que, en efecto, lo desacredita a él y a la obra que hizo. Cuando las multitudes cuestionan la autoridad y la habilidad de Jesús para hablar con tanta sabiduría, señalan su linaje inmediato y obvio: el hijo del carpintero. ¿Cómo puede el hijo de José hacer esas cosas? ¿Por qué no está trabajando con la madera, como fue formado? Para la gente que lo conocía, José era un obrero. Puede que haya sido un buen hombre, pero un carpintero y un profeta estaban en dos mundos diferentes en Nazaret en esa época, y tal vez en nuestras mentes hoy. Creemos que podemos medir a alguien por el trabajo que hace, pero la verdad es que todos somos mucho más que las cosas que hacemos para ganarnos la vida. José no era diferente.

José el carpintero era tan fuerte y robusto y confiable como los muebles que probablemente construía. Cuando otros

podían haberse acobardado o haber huido o buscado venganza, él escuchaba y actuaba con rectitud y protección. No lo vemos mucho en las Escrituras, pero cada escena en la que está, cada pista nos dice que fue un buen hombre, un hombre que puso a su familia por encima de todo excepto a Dios, un hombre cuya fuerza silenciosa ayudó a que nuestra historia de salvación llegara a buen término. Sin José el carpintero, nuestra redención pende de un hilo.

Meditación: José le habría enseñado a Jesús todo lo que sabía sobre ser carpintero. Jesús, sin duda, también era carpintero. Durante esos muchos años ocultos en la Escritura, podemos imaginar que Jesús está trabajando junto a José, aserrando, tallando, clavando, lijando. Pero, sin duda, en ese taller se enseñaba mucho más. Paciencia y fuerza, determinación y perseverancia. Piensa en tu propio trabajo. Más allá de lo obvio, ¿qué te enseña sobre la vida? ¿Qué podrías aprender de tu trabajo, tu lugar de trabajo, tus colegas? Tal vez haya mucho más allí de lo que se ve a simple vista. Al realizar tu trabajo hoy, incluso si tu trabajo es en casa, si estás jubilado o eres estudiante, observa las lecciones más profundas que te esperan allí.

Oración: San José, danos la fuerza para hacer el trabajo que estamos llamados a hacer sin quejarnos. Te vemos a ti como nuestro modelo a seguir mientras buscamos el significado más profundo de nuestras tareas diarias.

A Fondo

Lecturas: Hch 9, 31-42; Jn 6, 60-69

Escritura:

[M]uchos discípulos de Jesús dijeron al oír sus palabras: “Este modo de hablar es intolerable, ¿quién puede admitir eso?” (Jn 6, 60)

Reflexión: Muchas de las cosas que Jesús enseñó fueron difíciles de aceptar para sus discípulos, pero quizás ninguna más que la enseñanza sobre la Eucaristía. La transformación del pan y vino en cuerpo y sangre, partido y compartido, estaba más allá de todo lo que podían —o querían— comprender. En muchos sentidos, no sólo era confuso sino abominable para ellos, hasta el punto de que se nos dice que muchos abandonaron el redil. Y Jesús, sabiendo muy bien que hasta sus discípulos más dedicados podrían haber planeado una huida similar, pregunta sin rodeos: “¿Quieren marcharse también ustedes?”.

A menudo pienso que Jesús probablemente me está haciendo esa pregunta al menos una vez al día, con mi dificultad para aceptar lo que el Evangelio me pide que haga. “¡Este lenguaje es muy duro!”, digo, quizás no con tantas palabras sino en las cosas, grandes y pequeñas, que conforman mi vida diaria, las cosas importantes que se me escapan porque estoy demasiado obsesionada con las cosas superficiales, las

escaramuzas y el estrés, las heridas y las ofensas, el descuido y la falta de atención a los muchos dones que conforman mi vida y mi aliento vital, incluso los momentos no tan grandes, que son dones en sí mismos. Justo cuando pienso que estoy demasiado herida para dar la espalda al dolor, más allá de la curación que viene de la Eucaristía y del sacramento, algo me empuja, y, como Pedro, me encuentro pensando: “Si no es Jesús, ¿entonces quién? Si no es aquí, ¿entonces dónde?”.

Meditación: Venerable Dorothy Day, fundadora del movimiento de los Trabajadores Católicos, citando a su director espiritual de muchos años, el Padre John J. Hugo, a menudo decía: “La medida de mi amor a Dios es tanto como el amor que tengo hacia la persona que menos amo”. Hablando de palabras duras. Eso fue lo primero en lo que pensé cuando escuché el Evangelio de hoy. Pensamos que amamos a Dios lo suficiente, pero cuando reflexionamos en las palabras de Dorothy, podemos ver cuán lejos tenemos que llegar y cómo, cuando no amamos a Dios completamente, es más fácil alejarnos cuando las cosas se ponen difíciles. ¿A quién amas menos en tu vida? Ora por esa persona hoy. Ama a esa persona. No hagas un espectáculo de eso. Mantenlo entre ti y Dios, y mira lo que sucede cuando te vuelves hacia las palabras duras, en vez de alejarte.

Oración: Dios de la comprensión, tú conoces las tentaciones de la debilidad humana. Manténnos firmes cuando queramos huir; ayúdanos a amar cuando queramos odiar.

Cambio de Puerta

Lecturas: Hch 2, 14a. 36-41; 1 Pe 2, 20b-25; Jn 10, 1-10

Escritura:

Con éstas y otras muchas razones, los instaba y exhortaba, diciéndoles: “Pónganse a salvo de este mundo corrompido”. (Hch 2, 40)

Reflexión: Los humanos tendemos a ser bastante egocéntricos. Estoy segura de que muchos de nosotros miramos a nuestro alrededor y pensamos que vivimos en la generación más corrupta, en el mundo más turbulento, en los momentos más difíciles. Cuando oímos las palabras de Pedro en la primera lectura de hoy, se nos recuerda que cuanto más cambian las cosas, más permanecen iguales, y, tristemente, la historia realmente se repite. No somos únicos después de todo, afligidos como estamos con nuestra fragilidad humana compartida que nos hace volvernos los unos contra los otros, ponernos a nosotros mismos en primer lugar, buscar formas de sortear los obstáculos pisoteando sobre alguien más.

El Evangelio nos recuerda también este hecho, señalando que, si intentamos cruzar la puerta en vez de entrar por el camino del pastor, no somos más que ladrones. La única manera de entrar es a través de Jesucristo, el pastor que nos llama por nuestro nombre, cuya voz oímos en medio de nuestra confusión, pero no siempre prestamos atención. Nos

alejamos del rebaño para encontrar pastos más verdes por nuestra cuenta, pensando que podemos salvarnos a nosotros mismos. Pero no podemos salvarnos a nosotros mismos, ¿verdad? Lo aprendimos el Viernes Santo y de nuevo en la mañana de Pascua y de nuevo cada vez que nos arrodillamos ante Dios en la Eucaristía y recordamos que esta es nuestra puerta, el punto de entrada a nuestra salvación, y el camino que nos lleva lejos de la corrupción y directamente al corazón de Dios.

Meditación: Las palabras de Pedro pueden ser engañosas si las sacamos de contexto. “Sálvense”. Pero ¿cuál es el resto de su advertencia? ¿Nos salvamos a nosotros mismos haciendo más ejercicio, comiendo bien, donando a una causa digna? No. “Arrepiéntanse y háganse bautizar”, para ser perdonados y recibir el Espíritu Santo. Así que esa es la buena noticia de la Buena Nueva. No tenemos que salvarnos a nosotros mismos; no podemos salvarnos a nosotros mismos. Todo lo que podemos hacer es entregarnos a Jesús, plena y completamente, y dejar que el poder sanador de su misericordia y amor funcione. ¿Qué puerta estás tratando de escalar hoy? ¿Qué pasaría si, en vez, la atravesarías?

Oración: Jesús, Buen Pastor, llámanos cuando nos desviamos del camino que has trazado, guíanos cuando estemos perdidos. Aun cuando estemos en la puerta sin querer entrar, oremos para que esperes pacientemente a que sigamos.

Invitación Abierta

Lecturas: Hch 11, 1-18; Jn 10, 11-18

Escritura:

“Por lo tanto, si Dios les ha dado a ellos el mismo don que a nosotros, por haber creído en el Señor Jesús, ¿quién soy yo para oponerme a Dios?” (Hch 11, 17)

Reflexión: En nuestro mundo dividido y divisivo, incluso nosotros los cristianos podemos quedar atrapados en el juego del juicio, culpando a otros y reclamando la victoria para nosotros mismos. Esta actitud de “soy más santo que tú” no se limita a un punto de vista o a un lado; es un delincuente con igualdad de oportunidades. Es realmente el diablo trabajando. Cuando los seguidores de Jesús se dividen entre sí, dejan espacio para que el mal se filtre, o, al menos, para que los abismos del desacuerdo se ensanchen. Luchamos entre nosotros y, en el proceso, la gente “ahí fuera” nos mira y se pregunta por qué alguien querría unirse a nosotros.

Mientras Pedro defiende a los gentiles en la primera lectura de hoy, vemos los primeros indicios de esto en nuestros primeros antepasados espirituales. Al igual que nosotros, querían que fuera un grupo cerrado, sólo para aquellos que cumplían ciertos criterios: sus criterios. La autora Anne Lamott escribió una vez: “Puedes asumir con seguridad que has creado a Dios a tu propia imagen cuando resulta que

Dios odia a las mismas personas que tú". ¡Ay! La verdad duele. Muchas veces tratamos de "estorbar" a Dios, negándonos a permitir o aceptar que todos puedan ser salvos, que todos están invitados. No podemos responder por nadie más que por nosotros mismos. Podemos extender invitaciones y vestirnos con nuestros mejores trajes, pero aquí no estamos en un club. Ven como eres, aunque estés quebrantado y destartalado.

Meditación: Creo que todos los niños, en algún momento, quieren ser parte de la multitud que está "de moda" en la escuela. Hay algo embriagador en estar en un grupo de élite, ser elegido. ¿Pero quién considera que los chicos *cool* son *cool*? Usualmente ellos crean la historia y el resto de nosotros somos lo suficientemente tontos como para comprarla. Nuestra fe pone a la multitud cabeza abajo, diciéndonos que los últimos serán los primeros. Entonces, ¿por qué seguimos atrapados en la idea de limitar las posibilidades? El control. Odiamos renunciar al control, pero, si lo hacemos, si caemos de nuevo en Dios como si hubiéramos sido "derrotados sin remedio", nos sentiremos, en las palabras de *La nube del desconocimiento*, como si nos estuviéramos "derritiendo en agua". Experimenta lo que se siente el derretirse en Dios hoy.

Oración: Dios de todos, oramos hoy por la unidad, para ver claramente nuestra humanidad común, nuestro don compartido de salvación. Abre nuestros corazones a todo lo que es posible cuando nos salimos de nuestro propio camino.

Preguntas y Respuestas

Lecturas: Hch 11, 19-26; Jn 10, 22-30

Escritura:

“¿Hasta cuándo nos vas a tener en suspenso? Si tú eres el Mesías, dínoslo claramente”. (Jn 10, 24)

Reflexión: Ten cuidado con lo que desees. ¿Cuántas veces rezamos por algo, sólo para conseguirlo y encontrarnos desconcertados y nerviosos, enojados e indignados? No era lo que pensábamos que sería. “Cebo y anzuelo”, lloramos diciendo. Me imagino que cuando leo el Evangelio de hoy, donde la multitud pide a Jesús que les diga “claramente” si él es el Mesías. Después de un mensaje bastante poderoso y poético, les da lo que quieren: “El Padre y yo somos uno”. No podemos ver lo que sucede después en la lectura particular de hoy, pero continúa así: “Los judíos tomaron de nuevo piedras para tirárselas” (Jn 10, 31). ¿Qué pensaron que un Mesías podría decir? ¿Había algo que el Mesías pudiera decir sin causar indignación? Probablemente no.

Jesús camina por su mundo curando a los enfermos, curando a los cojos, dando la vista a los ciegos, y aun así le preguntan: “¿Eres tú el Elegido?”. Los signos y símbolos no los convencen. Ni siquiera las propias palabras de Jesús los convencen. Ni siquiera la cruz los convencerá. ¿Pero la resurrección? Esa es otra historia. Nos regodeamos en el

tiempo de Pascua sabiendo que nuestro Dios sufrió y murió por nosotros, pero luego resucitó, dando respuesta a la pregunta que perseguía a sus seguidores. Ya no se nos mantiene en suspenso. Conocemos la verdad, y la verdad nos ha hecho libres.

Meditación: Sería bueno si pudiéramos tener una respuesta clara a todas nuestras preguntas —sobre la oferta de trabajo, el diagnóstico médico, la mudanza a otra parte del país. Podemos enfermarnos de preocupación, como si el nudo en nuestro estómago estuviera de alguna manera manteniendo unidos todos los cabos sueltos de nuestra vida. Sin nuestra preocupación, ¿no se desentrañaría todo y se perdería? Nuestra fe nos da la paradoja: sólo cuando dejemos de agarrarnos tan fuerte, finalmente tendremos todo lo que queremos. No es algo fácil de pedir. Y tan a menudo cuando finalmente obtenemos nuestra respuesta es lo opuesto de lo que queríamos oír. Nos gustaría lanzar algo o gritar, y a veces gritamos hacia Dios, a Dios. No hay problema. Porque Dios sigue regresando, tratando de darnos una versión de una respuesta que finalmente estaremos dispuestos a escuchar.

Oración: Háblanos, Señor, incluso cuando nos neguemos a escuchar. Háblanos en la quietud de nuestros corazones donde tu voz trae paz y descanso a nuestras almas cansadas.

Ofrenda Imperfecta

Lecturas: Hch 12, 24–13, 5a; Jn 12, 44-50

Escritura:

“Yo he venido al mundo como luz, para que todo el que crea en mí no siga en tinieblas”. (Jn 12, 46)

Reflexión: En esta época del año, somos bendecidos con una abundancia de luz. Los días se sienten como si fueran más largos a medida que marchamos hacia el verano, y el atardecer parece esperar hasta el último minuto posible. El sol hace surgir una nueva vida desde la tierra; las estrellas brillan en el claro cielo nocturno mientras nos sentamos junto a la luz parpadeante de una fogata. Es como una sinfonía de luz que flota en nuestros espíritus y nos permite sacudir el abatimiento que se apoderó de los largos meses de invierno. La luz tiene una forma de cambiarlo todo, y se las arregla para encontrar su camino de cualquier manera que pueda: a través de las nubes y las grietas, entre las hojas y a veces incluso entre las gotas de lluvia. La luz siempre encuentra un camino.

Jesús nos recuerda hoy que él es esa luz, que viene al mundo para sacarnos de las tinieblas a las que tendemos cuando nos dejamos a nuestra suerte y para hacer brillar su esperanza y misericordia en los recovecos donde guardamos las cosas que nos atan al miedo y la desesperación y la ira y

los celos. Jesús no sólo hace brillar una luz; él es la luz. Como el sol que sale y se pone en nuestros días, Jesús es la luz alrededor de la cual giramos. Si tenemos suerte y seguimos a donde nos lleva su luz, podemos tener la oportunidad de reflejar esa luz en la oscuridad que encontramos en el mundo, como la luna que ilumina un cielo nocturno sin poder propio.

Meditación: En la conocida canción “Anthem” de Leonard Cohen, él canta: “Toca las campanas que aún pueden sonar. Olvida tu ofrenda perfecta. Hay una grieta, una grieta en todo. Así es como entra la luz”. Piensa en la forma en que funciona un caleidoscopio, con la luz que golpea los fragmentos rotos de vidrio de colores mientras giran en un tubo. Tomados como astillas individuales, puede que no sean tan espectaculares, pero junto con la luz que se filtra a través de ellos se convierten en una obra de arte, una alegría a contemplar. Mira el caleidoscopio que es tu vida ahora mismo. Si te vuelves hacia la Luz y dejas que se filtre a través de todos tus bordes afilados y partes rotas, verás la obra de arte que eres tú también.

Oración: Luz del Mundo, ilumina los rincones más oscuros de nuestros corazones para que seamos reflejos de tu amor y ayudemos a iluminar el camino de los demás.

Trastorno Espiritual

Lecturas: Hch 13, 13-25; Jn 13, 16-20

Escritura:

“Les digo esto ahora, antes de que suceda, para que, cuando suceda, crean que Yo soy”. (Jn 13, 19)

Reflexión: Tendemos a gustar de compartimentar a Dios, ya que compartimentamos gran parte de nuestras vidas. Nos gusta poner las cosas en pequeñas cajas ordenadas, incluyendo lo Divino. Dios aquí. Jesús allí. El Espíritu Santo siempre en los lugares más inesperados. Hoy, cuando Jesús habla con los apóstoles, usa palabras que sabe que transmitirán la unidad con el Padre: YO SOY. No hay compartimentos aquí. Las antiguas palabras pronunciadas a Moisés desde la zarza ardiente. Dos pequeñas y sencillas palabras que transmiten misterio más allá de cualquier cosa que podamos esperar comprender plenamente aquí en la tierra. YO SOY.

Cada vez que hacemos la Señal de la Cruz y pronunciamos palabras tan familiares que brotan de nuestras bocas como el aire que respiramos, profesamos nuestra creencia en YO SOY, el Dios trino, que es y era y vendrá, pero creo que con demasiada frecuencia dejamos que esa verdad se deslice bajo la superficie de nuestras vidas espirituales. Podemos caer fácilmente en la forma en que el mundo secular ve a Jesús —un gran maestro espiritual— y dejarlo en ese compartimento,

afuera de Dios. Jesús nos dice que él y el Padre son uno y que, si creemos en él, creemos en Aquel que lo envió. ¿Con qué frecuencia nos tomamos el tiempo para reflexionar sobre esa verdad increíblemente profunda que sólo es comprensible con los ojos y el corazón de la fe? No llegamos a este entendimiento a través de libros o conferencias; llegamos a él a través de cualquier zarza figurativa que encienda el fuego del amor de Dios en nuestras vidas. Busca las chispas.

Meditación: Si tienes cierta edad, puede que recuerdes haber hecho la Señal de la Cruz (o haber visto a tus padres o abuelos hacerlo) cada vez que pasabas por delante de una iglesia o escuchabas una sirena. Del mismo modo, es posible que le hayan enseñado a inclinar la cabeza ligeramente cada vez que pronunciabas la palabra “Jesús”. Aunque esas prácticas han pasado de moda, los pequeños gestos que interrumpen nuestro movimiento ininterrumpido, incluso por el más breve momento, pueden ser útiles para nuestras vidas espirituales. Aunque probablemente lo aprendí cuando tenía sólo siete años, inclinar la cabeza ante el nombre de Jesús todavía me dará una pausa. ¿Qué pequeña práctica puedes poner en práctica esta semana para llamarte a ti mismo de vuelta a Dios de vez en cuando?

Oración: Háblanos para que podamos creer. Muéstranos para que podamos seguirte. Padre, Hijo y Espíritu, guíennos siempre a casa.

Realidad Alterada

Lecturas: Hch 13, 26-33; Jn 14, 1-6

Escritura:

“No pierdan la paz”. (Jn 14, 1)

Reflexión: Vivimos en tiempos difíciles, así que no es de extrañar que a menudo encontremos nuestros corazones apesadumbrados. Para algunos de nosotros el problema está ahora mismo, aquí mismo: una enfermedad, la pérdida de un empleo, el fracaso de un matrimonio, un niño en crisis. Para otros de nosotros el problema está en todos los “Y si . . .”, ya sea que estemos mirando hacia adelante para comenzar una familia o hacia la jubilación, hay problemas que se abren paso en nuestras mentes incluso cuando todavía no han llegado a nuestras realidades. En el Evangelio de hoy, Jesús dice a sus seguidores que no se preocupen. Si tienen fe en él, ya saben cómo llegar a donde necesitan ir. Y Tomás dice lo que todos los demás probablemente estaban pensando: No, no lo sabemos.

¿Cuántas veces decimos que no sabemos cómo vamos a pasar una semana ajetreada, una temporada ajetreada, una mala racha de la vida? Amenaza con abrumar, una incertidumbre total. Como los discípulos, nos preguntamos cómo haremos. Sí, tenemos fe en Dios, pero eso no va a pagar las cuentas o terminar el próximo gran proyecto de trabajo. ¿O

sí? Cuando aprendemos a no estar perturbados y a confiar en Dios, encontramos que los problemas pueden estar todavía ahí, pero se sienten menos gravosos, porque reconocemos que, en última instancia, nada en esta tierra puede descarrilar nuestro gozo y nuestra fe sin nuestro consentimiento.

Meditación: En *Nuevas semillas de contemplación*, el famoso monje trapense Thomas Merton escribió: “Ninguna desesperación nuestra puede alterar la realidad de las cosas, ni manchar la alegría de la danza cósmica que siempre está ahí”. ¿A veces imaginas que tu desesperación o preocupación pueden alterar tu situación? Despiertos por la noche, mirando a la oscuridad, giramos nuestras ruedas pensando que toda esa energía gastada en la preocupación está en realidad haciendo las cosas, pero está haciendo justo lo contrario, cansándonos y haciéndonos menos propensos a estar listos para lo que está por venir. Lo mismo en nuestra vida espiritual. Deja de dar vueltas y preocuparte y vierte toda esa energía en la oración, en el gozo y en la vida con Dios y en el servicio a los demás. De repente, la preocupación da paso a la danza, aunque sólo sea por dentro.

Oración: Aunque a menudo estoy preocupado, confío en ti, Jesús. Llévame a la morada donde no hay necesidad de temer.

Alegría Oscura

Lecturas: Hch 13, 44-52; Jn 14, 7-14

Escritura:

[L]os discípulos se quedaron llenos de alegría y del Espíritu Santo. (Hch 13, 52)

Reflexión: Cuando vemos la situación de los discípulos en la primera lectura de hoy, aparentemente no hay razón para que estén alegres, al menos no según los estándares humanos. Hay amenazas de violencia; la persecución se está agitando; son expulsados de la ciudad. Podríamos esperar que el siguiente verso de ese versículo de la Escritura nos diga que se fueron avergonzados, con la cabeza gacha. Supongo que así es como me habría sentido si hubiera estado en el lugar de ellos. Pero en cambio están llenos de alegría, porque saben que lo que están haciendo —y lo que se les está haciendo a causa de ello— es más grande que todo. Para aquellos de nosotros que nunca nos hemos acercado a ese tipo de momento del Espíritu en nuestras vidas, puede haber una punzada de celos o al menos de curiosidad. ¿Cómo es sentirse así, tan seguros de nuestra vocación y misión y de nuestro Dios que nada, ni siquiera las amenazas de muerte, puede robarnos la alegría?

Parte del problema proviene de la visión de nuestra sociedad de la felicidad y la alegría. Hay un peligro en pensar

que son iguales; la gente de fe sabe que la felicidad es buena pero fugaz. Inevitablemente, aparece algo que nos pone tristes o locos. ¿Pero la alegría? Esa es otra historia. La alegría viene de lo más profundo y no puede ser sacudida por el mal tiempo o los atascos de tráfico, ni siquiera por enfermedades o problemas laborales. Porque la alegría está basada en Dios, y Dios nunca es efímero.

Meditación: ¿Cuándo fue la última vez que sentiste alegría a pesar de circunstancias externas imperfectas? Cuando sucede, apuesto a que te das cuenta de ello, porque es un regalo. Puede que tengas toda la razón para gritar, pero algo interior —el Espíritu susurrando, tal vez— dice: “Está bien. Esto no te va a quebrar”. Y tú te levantas, sacudes el polvo de tus pies y dices: “Mándalo”. Admitiré que anhelo ese tipo de alegría profundamente arraigada e inquebrantable. No me resulta fácil, pero la reconozco cuando la veo y me deleito con ella cuando la pruebo. La próxima vez que algo suceda que normalmente te frustra, sigue el ejemplo de los discípulos.

Oración: Dios de la alegría, llenas nuestras vidas de bendiciones que tan a menudo pasan desapercibidas. Danos la gracia de alegrarnos tanto en nuestra abundancia como en nuestra falta de ella y de reconocer que tú estás presente en todo.

Piedras Sagradas

Lecturas: Hch 6, 1-7; 1 Pe 2, 4-9; Jn 14, 1-12

Escritura:

. . . porque ustedes también son piedras vivas, que van entrando en la edificación del templo espiritual . . . (1 Pe 2, 5)

Reflexión: Hace poco, mi esposo y yo hicimos una caminata a través de una reserva natural cercana, y mientras bajábamos por el camino áspero a través de los bosques, nos encontramos con los restos de una vieja casa de piedra, que se desmoronaba, pero era hermosa y estaba muy viva a pesar de su estado ruinoso. Hay algo en las piedras viejas que las hace especiales, sagradas. Es como si estuvieran respirando historia en nuestros pulmones, recordándonos que protejamos y preservemos nuestros propios lugares sagrados para que no se debiliten y caigan. Cubiertas de musgo, marcadas con fósiles o incluso con iniciales o fechas talladas, nos hablan de un pasado lejano con advertencia y esperanza.

Si tomaras algunas rocas grandes y las pusieras una encima de la otra, probablemente terminarías con una pila al azar en lugar de una pared serpenteante o un refugio robusto. Necesitas un cantero, un maestro constructor que guíe el proceso. Dios nos pide que hagamos lo mismo en nuestras vidas espirituales; que dejemos que Jesús guíe nuestro edificio espiritual para que nuestras piedras vivas trabajen jun-

tas para crear algo mucho más allá de la suma de sus partes. Con Jesús, podemos construir un hogar espiritual, un espacio sagrado en nuestro interior que nunca se derrumbará porque está centrado y apoyado por la Piedra Angular que es nuestro Salvador.

Meditación: Toma nota de las piedras y rocas que componen el paisaje físico de tu vida. Tal vez haya una pared baja en su jardín o una hoguera de piedra o una chimenea. Tal vez coleccionas piedras y guijarros de los lugares que visitas. Mientras conduces por tu región, observa las rocas que han sido cortadas para dar paso a un camino o a las rocas apiladas en alto o tal vez cuidadosamente arregladas. Ahora mira las piedras espirituales que componen tu vida. ¿Qué tipo de configuración tienes, y dónde está Jesús en el conjunto? ¿Es Jesús el cimiento que sirve de base para todo lo demás, o es Jesús la piedra en el borde, tal vez escondida bajo un montón de rocas más grandes que te bloquean de su luz y amor? ¿Qué se necesita para levantar esos obstáculos y revelar las piedras vivas de tu vida?

Oración: Señor, tú eres mi roca, mi salvación, el fundamento sobre el que quiero construir mi vida, mi futuro. Haz que mis acciones, palabras y pensamientos diarios sean piedras vivas que construyan en vez de derribar.

Murallas del Castillo

Lecturas: Hch 14, 5-18; Jn 14, 21-26

Escritura:

“El que me ama, cumplirá mi palabra y mi Padre lo amará y vendremos a él y haremos en él nuestra morada”. (Jn 14, 23)

Reflexión: En su libro *El castillo interior*, Santa Teresa de Ávila escribe sobre Dios que habita en nosotros en una prosa poética que llega al corazón de lo principal que a menudo se interpone en nuestro camino:

Mas qué bienes puede haber en esta alma o quién está dentro en esta alma o el gran valor de ella, pocas veces lo consideramos; y así se tiene en tan poco procurar con todo cuidado conservar su hermosura: todo se nos va en la grosería del engaste o cerca de este castillo, que son estos cuerpos.

No importa que esta Doctora de la Iglesia haya escrito esas palabras hace más de cuatrocientos años. Resulta que los seres humanos somos similares en nuestro centro, sin importar la época. Nos miramos en el espejo y vemos nuestras imperfecciones; no podemos imaginarnos a Dios morando dentro de nosotros porque, francamente, estamos teniendo suficientes dificultades para morar allí nosotros mismos. Pero Santa Teresa nos recuerda que nuestro ser físico no es más que el muro exterior de este castillo con muchas habi-

taciones, el lugar donde Dios reside. ¿Podemos aprender a mirar más allá de nuestra pared exterior y buscar a Aquel que nos habla desde lo profundo de la habitación central de nuestro corazón? ¿Podemos nosotros, como Jesús desafía en el Evangelio de hoy, guardar su palabra para que el Padre, el Hijo y el Espíritu encuentren un lugar acogedor en nosotros?

Meditación: Cuando invitas a gente a tu casa, probablemente pasas una buena cantidad de tiempo preparando: cocinando, limpiando, tal vez incluso haciendo algunas de esas tareas que rara vez se hacen, lavando ventanas u ordenando armarios. Las velas brillan, suena la música y el olor de la comida sale por la puerta cuando la abrimos. ¿Cuál es el equivalente espiritual? ¿Qué tenemos que hacer para preparar nuestro castillo interior para el visitante más importante que podemos recibir? No es tan diferente a la preparación de la casa. Necesitamos despejar nuestras mentes, crear un espacio abierto dentro, limpiar las cosas que se interponen en el camino de nuestra relación con Dios. Enciende una vela, pon música tranquila y abre la puerta a Aquel que está esperando ser invitado a entrar.

Oración: Dios de la paciencia, gracias por soportar mi tendencia a ignorarte en medio del ajetreo de mi vida. Hoy empiezo a despejar más espacio para ti. Ven, Señor Jesús.

Promesas, Promesas

Lecturas: Hch 14, 19-28; Jn 14, 27-31a

Escritura:

“ . . . diciéndoles que hay que pasar por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios”. (Hch 14, 22b)

Reflexión: Las cosas están difíciles en todas partes en las lecturas de hoy. Violencia e intimidación en la primera lectura, cuando Pablo es apedreado y sacado de la ciudad; en el Evangelio, incertidumbre y miedo entre los discípulos cuando Jesús les dice que se va. Pero en medio de todo esto, esperanza y promesas, promesas de un reino que nos espera, promesas de paz, promesas de un Abogado que estará siempre con nosotros. Esas mismas promesas nos pertenecen, pero nosotros, como aquellos primeros discípulos, a menudo caemos presa de los problemas que nos persiguen. Olvidamos que las luchas cotidianas que nos asustan no son el final del juego. Ni siquiera son un medio para alcanzar un fin. Son sólo momentos de una vida terrenal que es la fracción más pequeña de nuestra vida eterna.

Es un reto que la mayoría de nosotros debemos entender. Todo lo que hacemos en este mundo parece monumental cuando nos está sucediendo a nosotros, y algo de esto es bastante crítico en la vida: criar hijos, mantener una familia, construir un matrimonio. Pero cuando lo ponemos en pers-

pectiva, como Pablo trata de hacer por nosotros, recordamos que no somos tan importantes como pensamos que somos. Todos tendremos que sufrir un poco; tal es la naturaleza de la vida humana. Pero no sufrimos solos. Tenemos un futuro, incluso cuando ya no tenemos aliento, porque tenemos un Abogado que nos guía día a día hacia el reino que Dios ha construido para nosotros. Esa promesa triunfa sobre todo lo que el mundo puede lanzarnos.

Meditación: ¿Qué problema te está agobiando hoy? ¿Es una preocupación abrumadora por un niño, facturas que no se pueden pagar, un diagnóstico que temes? ¿Puedes entregárselo a Dios, aunque sea por un día? A veces los problemas que nos abruma son cosas a las que no se les debe dar tanto poder: un trabajo difícil, una agenda demasiado llena, una casa que necesita limpieza. Convertimos esas preocupaciones pasajeras en montañas que bloquean nuestro camino hacia Dios. Es más fácil concentrarse en el trabajo o en la casa que en lo que realmente importa: nuestra salvación eterna. Por lo tanto, nos ocupamos de una lista interminable de “Y si . . .” en lugar de aceptar lo que *es* y vivir nuestras vidas en consecuencia.

Oración: Dios Eterno, ayúdanos a ver claramente las cosas verdaderamente importantes en nuestra vida diaria y a encontrarte en medio de ellas.

*13 de mayo: Miércoles de la Quinta Semana de Pascua
(Nuestra Señora de Fátima)*

Poda Necesaria

Lecturas: Hch 15, 1-6; Jn 15, 1-8

Escritura:

“Yo soy la verdadera vid y mi Padre es el viñador”. (Jn 15, 1)

Reflexión: Esta fiesta de Nuestra Señora de Fátima, que no tiene ninguna referencia bíblica, parece perfectamente ligada al Evangelio de hoy. El Espíritu trabajando. La imagen de los sarmientos aferrados a la vid o marchitándose y terminando como leña parece hacer eco de los mensajes que los tres niños recibieron de María cuando cuidaban ovejas en un pueblo de Portugal hace más de un siglo: oren y hagan penitencia para salvarse a ustedes mismos y al mundo.

A lo largo de los años se ha prestado mucha atención a los secretos de Fátima, pero más que a los mensajes proféticos, Fátima ofreció un camino a Dios enmendando nuestras propias vidas y orando por los demás. Es otra manera de ver el proceso de poda que se usa para describir nuestras vidas espirituales en el Evangelio de hoy. Incluso las ramas buenas deben ser podadas para producir más fruto. Aunque no nos guste admitirlo, por lo general sabemos dónde y qué en nuestra vida necesitaría una poda y un moldeado suave o, en algunos casos, incluso el poder de un hacha o una motosierra. La vida tiene una forma de ensuciarse y arrastrarnos

con ella si no nos tomamos tiempo regularmente para orar y reflexionar y hacer algunos sacrificios duros. Si tres niños pequeños en un campo pudieran entender eso, tal vez nosotros también podríamos.

Meditación: ¿Dónde necesita una poda tu vida? ¿Qué estás dispuesto a sacrificar? Y lo que es más importante, ¿qué es lo que *no* estás dispuesto a sacrificar? Empieza por ahí, porque eso es probablemente lo más que se esté interponiendo en el camino de tu viaje espiritual. Ahora agrega la oración, pero no cualquier oración. En esta fiesta de Nuestra Señora de Fátima, saca tus rosarios. Sé que los tienes, probablemente varios de ellos escondidos en todo tipo de lugares: mesita de noche, oficina, bolsillo. Aunque no recemos el rosario con regularidad, muchos de nosotros mantenemos las cuentas cerca, un recordatorio de lo poderosa que es esta oración. Hoy, haz tiempo para rezar el rosario. Si eso parece desalentador, comience con sólo una decena. Deja que el ritmo de las oraciones te bañe y te dé el valor para hacer la poda que se necesita hacer.

Oración: Oh Jesús mío, perdona nuestros pecados, líbranos del fuego del infierno. Lleva al cielo a todas las almas, especialmente a las más necesitadas de tu misericordia.

Ganadores y Perdedores

Lecturas: Hch 1, 15-17. 20-26; Jn 15, 9-17

Escritura:

Propusieron entonces a dos: a José Barsabá, por sobrenombre “el Justo”, y a Matías. (Hch 1, 23)

Reflexión: Perder nunca es fácil, especialmente cuando es público y todo el mundo se entera. Por eso, en esta fiesta de San Matías, el apóstol elegido para reemplazar a Judas Iscariote, parece aún más apropiado centrarse en el hombre que perdió: Justo. Ese es un asiento bastante grande para perder, no sólo una junta municipal o consejo de la ciudad, sino uno de *los Doce*. Me imagino que Justo tenía todas las razones para sentirse decepcionado, enojado y resentido. ¿Alguien le habría culpado si hubiera dicho “si no soy lo suficientemente bueno para ser parte del círculo íntimo, no quiero ser parte de él en absoluto”? Asentiríamos con la cabeza y pensaríamos que él se los dijo. Pero no hizo eso. Según la historia, continuó proclamando la Buena Nueva y murió como un mártir. Según los estándares de nuestra sociedad, era un perdedor en todas las categorías. Afortunadamente, Dios no hace las cosas según los estándares de la sociedad; todo lo contrario.

Él toma a los oprimidos, a los golpeados, a los miserables y los convierte en los que deben ser imitados y honrados.

Porque sufrieron por él. No se pusieron a sí mismos por encima de Dios, incluso cuando el costo era la vida misma, porque la vida no vale nada si vivirla requiere que nos corremos de Dios. Los héroes de la iglesia primitiva sabían que podían perderlo todo en la tierra y ganar el reino. Resulta que no hubo ningún perdedor en la primera lectura de hoy, aunque no lo entendamos de esa manera.

Meditación: ¿Alguna vez ha habido un momento en el que has perdido un puesto o un premio importante, un trabajo que realmente querías, un honor que creías que merecías, tal vez un cumplido o una señal de agradecimiento por parte de tu jefe? Eso duele, y a menudo puede hacernos querer seguir nuestro propio camino para demostrar algo que queríamos demostrar o hacer sufrir a alguien más. Las lecturas de hoy, desde la votación para un nuevo apóstol hasta la enseñanza de Jesús de que debemos estar dispuestos a dar nuestras vidas por un amigo, son recordatorios de que perder es a menudo ganar a los ojos de Dios. Los últimos serán los primeros, aun cuando ser los últimos nos parezca el fin del mundo.

Oración: Santos Matías y Justo, dennos el valor de seguir la voluntad de Dios, aunque no sea fácil. Muéstrannos la manera de decir sí a las preguntas difíciles.

15 de mayo: Viernes de la Quinta Semana de Pascua
(ESTADOS UNIDOS: San Isidro)

Amor Difícil

Lecturas: Hch 15, 22-31; Jn 15, 12-17

Escritura:

“Esto es lo que les mando: que se amen los unos a los otros”.
(Jn 15, 17)

Reflexión: Hoy, el desafío de Jesús no sólo es el mandamiento más grande, sino también el más difícil. Es fácil amar a Dios, pero amar a todos los demás es una tarea difícil cuando todos los demás típicamente encuentran la manera de provocarnos de manera regular. Ya sea que se trate de las noticias de la noche o de un compañero de trabajo o de la persona que está en el auto frente a nosotros, nos desviamos fácilmente de nuestro camino cuando se trata de este mandamiento. Tendemos a amar a los que nos aman o a los que sufren de alguna manera y merecen nuestra preocupación y compasión. Y en esos momentos, tal vez pensamos: “Tengo que hacer esto”. Y luego, y luego . . . la luz se pone verde y el coche de adelante se queda parado, el conductor mirando su teléfono móvil. El amor se va por la ventana, quizás junto con unas pocas palabras. C.S. Lewis, conocido por su *Narnia*, en un capítulo sobre la caridad en su libro *Mero cristianismo*, escribe:

No pierdas el tiempo preguntándote si “amas” a tu prójimo; actúa como si lo hicieras. Tan pronto como hacemos esto,

descubrimos uno de los grandes secretos. Cuando te comportas como si amaras a alguien, pronto llegarás a amarlo. Si dañas a alguien que te disgusta, te encontrarás con que te disgusta más. Si haces algo bueno por él, te encontrarás con que te disgusta menos.

Eso pone el Evangelio de hoy en términos prácticos, algo que aparece desalentador pero factible si estamos dispuestos. ¿Estamos dispuestos?

Meditación: A las parejas que asisten a los fines de semana del Encuentro Matrimonial se les dice que “tomen la decisión de amar” para construir sus relaciones conyugales, pero cuando leo esa cita de C.S. Lewis, me doy cuenta de que esa sugerencia se aplica a toda la vida. Toma la decisión de amar —en casa, en el trabajo, en la tienda de comestibles, en el campo de juego. Cuando lo hacemos, incluso frente a alguien que es difícil de amar o que ha hecho algo para herirnos, nos ablandamos y empezamos a ver la fragilidad que existe allí bajo la fachada endurecida o el silencio hirviente. Somos esencialmente todos iguales, pero olvidamos. Hoy, toma la decisión de amar, y ve cómo cambian tus interacciones con todos los que le rodean. ¿Cómo se siente amar sin recibir amor a cambio?

Oración: Dios de amor incondicional, luchamos por cumplir tu mandamiento más grande. Abre nuestros corazones a los que se cruzan en nuestro camino para que podamos amar como tú.

El Cambio es Inevitable

Lecturas: Hch 16, 1-10; Jn 15, 18-21

Escritura:

De esta manera las comunidades cristianas se fortalecían en la fe y el número de creyentes aumentaba cada día más. (Hch 16, 5)

Reflexión: Es fácil imaginar que los primeros discípulos tenían menos dificultades con la fe. Después de todo, habían estado cerca de Jesús. Algunos lo conocían de primera mano; otros lo conocían a través de los apóstoles, o incluso a través de visiones poderosas que podían hacerlos caer de un caballo. En la primera lectura de hoy, escuchamos que las iglesias se fortalecen día a día y pensamos que, si tan sólo tuviéramos sus experiencias, también podríamos hacer crecer a nuestras iglesias en un momento en que la asistencia y el compromiso parecen ir en la dirección equivocada. Pero sigue el curso de esa lectura un poco más abajo y otra línea endereza las cosas: “. . . intentaron dirigirse a Bitinia, pero no se lo consintió el Espíritu de Jesús”.

Las cosas no eran tan simples como se podría suponer. Áreas enteras les eran bloqueadas para que ni siquiera pudieran escuchar las Buenas Nuevas por razones que tal vez no entendemos. Pero continuaron, a una región diferente, donde la recepción podría ser acogedora. ¿Somos tan per-

sistentes, tan impasibles como los obstáculos a la hora de hablar y vivir el Evangelio, especialmente en un mundo que no es particularmente aficionado a su mensaje? En el Evangelio de hoy, Jesús nos dice directamente que podemos esperar que el mundo nos aborrezca porque “no somos del mundo”. Nuestra misión no es fácil. ¿Qué nos pide el Espíritu de Jesús? ¿Estamos escuchando?

Meditación: Piensa en tu propia parroquia. Dependiendo del lugar donde vives, tal vez sus bancas están llenas hasta desbordarse. Da gracias por esa bendición. Si estás en otras regiones, donde las poblaciones en general están disminuyendo o mudándose, tu iglesia parroquial tal vez está escasamente poblada o al borde del cierre. En las ciudades donde alguna vez prosperaron las comunidades y cada cuadra parecía ser el hogar de múltiples parroquias étnicas, las puertas están cerradas con llave. Nuestra iglesia es un Cuerpo de Cristo que vive y respira. Eso significa que nos movemos y cambiamos, disminuimos y expandimos. Como tantos otros aspectos de nuestras vidas, nada queda estancado. ¿Podemos aceptarlo y trabajar con él, en lugar de oponernos a él? ¿Podemos oír al Espíritu diciéndonos cuándo necesitamos ir a un lugar nuevo, a pesar de nuestras más fuertes inclinaciones a quedarnos quietos?

Oración: Espíritu de Jesús, háblanos mientras discernimos lo que nos espera. Abre nuestros oídos a tu reto y danos fuerza para seguir adelante.

Solo en la Multitud

Lecturas: Hch 8, 5-8. 14-17; 1 Pe 3, 15-18; Jn 14, 15-21

Escritura:

No los dejaré desamparados, sino que volveré a ustedes. (Jn 14, 18)

Reflexión: Vivimos en un mundo donde la soledad es una epidemia creciente. Estamos más conectados que nunca gracias a Internet y a los medios sociales, y, sin embargo, lo que nos conecta a menudo nos hace estar más aislados. En el resplandor de nuestra pantalla, nos sentamos solos y “hablamos” con “amigos” ahí fuera. Podemos incluso estar rodeados de familiares o compañeros de trabajo o de una multitud en un tren, pero, al mismo tiempo, en lo más profundo de nuestro corazón podemos sentirnos muy solos, huérfanos. De las palabras de Jesús en el Evangelio de hoy se desprende claramente que el miedo a la soledad no es algo reservado para la “generación iPhone”. Los seguidores de Jesús, aunque unidos por su fe común, saben que él se va, y tienen miedo. Lo entendemos. Nosotros también tenemos miedo.

Como aquellos primeros discípulos, sin embargo, tenemos acceso a las mismas gracias que ellos; tenemos un Abogado. Como Jesús prometió entonces y ahora, no estamos huérfanos. Jesús vive en nosotros, el Espíritu se arremolina a nues-

tro alrededor, el Padre vela por nosotros. Qué realidad tan reconfortante. Pero tal vez digas: “bueno, sí, pero yo sigo solo en mi casa”. Si dejas que el Espíritu haga su trabajo y respondes al llamado del Espíritu, no estarás solo por mucho tiempo, porque el Espíritu crece en la comunidad. Si dejamos que el Espíritu nos guíe, pronto nos encontraremos rodeados de otros que, como nosotros, tienen hambre de una conexión con Dios y con aquellos que aman a Dios.

Meditación: ¿Cuándo fue la última vez que te expusiste y aprovechaste la oportunidad de presentarte a alguien nuevo, o te uniste a un grupo o clase que siempre ha despertado tu interés? Aunque podemos contar con que Dios estará siempre con nosotros, es bueno tener personas que nos apoyen en el camino. Esta semana, haz un esfuerzo de mirar el boletín de tu parroquia o el periódico de la comunidad y encuentra una nueva reunión o clase u organización a la que podrías contribuir con tu ayuda o talentos, o de la que pueda aprender. Deja que el Espíritu te guíe. O busca a una persona a la que le vendría bien un amigo, un aventón, una comida, y conecta con esa persona.

Oración: Espíritu de Dios, aunque sabemos en nuestros corazones que estás con nosotros, ayúdanos a ser más conscientes de tu presencia en nuestras vidas y a llevar esa presencia al mundo.

El Color Púrpura

Lecturas: Hch 16, 11-15; Jn 15, 26–16, 4a

Escritura:

. . . había una mujer, llamada Lidia, de la ciudad de Tiatira, comerciante en púrpura, que adoraba al verdadero Dios. El Señor le tocó el corazón para que aceptara el mensaje de Pablo. (Hch 16, 14)

Reflexión: Una vendedora de púrpura. Qué hermosa joya de detalle se nos da en la primera lectura de hoy. Como si la presencia de Lidia no fuera suficiente para hacer girar nuestras cabezas espirituales, el detalle añadido sobre su oficio hace que todo suba de nivel y, si nos hemos quedado un poco a la deriva, ahora prestamos plenamente atención. ¿Quién es esta mujer? Claramente alguien de importancia para la nueva iglesia en formación para atraer este tipo de atención en los Hechos de los Apóstoles y claramente alguien de importancia en su comunidad por haber tenido la capacidad de invitar a Pablo y a sus compañeros misioneros a quedarse en su casa y a bautizar su familia en masa. ¿Cuántas Lidias había en la iglesia primitiva, arriesgando su comodidad y seguridad por una fe predicada por hombres de lejos? ¿Qué fue lo que abrió el corazón de Lidia al mensaje? Sí, el Espíritu, pero ¿qué palabras dijo Pablo?, ¿qué la movió a arriesgarse? ¿Qué nos movería a hacer lo mismo?

Nuestra fe no es para los débiles de corazón. Como vemos en las Escrituras, no mucho después de la conversión y el gesto amable de Lidia, Pablo y Silas se encuentran en el lado equivocado de una turba enfurecida. La yuxtaposición de las dos escenas es estridente. En una, la fe y la esperanza rodeadas por una especie de misticismo envuelto en la majestad de la púrpura; en el otro, el miedo y la codicia expresados en la violencia de las palizas y las celdas de la cárcel. Esta es la historia de nuestra fe: esperanza ante el sufrimiento; confianza ante el miedo; fe ante la persecución.

Meditación: ¿Y si tu historia de fe tuviera un lugar en el Nuevo Testamento? ¿Cómo te describirían los escritores? ¿Qué detalles de tu vida nos harían hacer una pausa y tener hambre de más? Hoy imagínate a ti mismo como una Lidia moderna, visitada por misioneros que predicán de una manera que te mueve a reformar tu vida y a hacer un espacio más grande para Dios. ¿Qué podrías hacer? ¿Qué necesitas para tener el valor de dar un salto y ser Lidia en la iglesia de hoy?

Oración: Santas mujeres de la Iglesia primitiva, denos el valor de arriesgarnos por nuestra fe, de salir allí cuando escuchamos la verdad, de dar testimonio de lo que Jesús enseñó con nuestras vidas.

Una paradoja espiritual

Lecturas: Hch 16, 22-34; Jn 16, 5-11

Escritura:

Sin embargo, es cierto lo que les digo: les conviene que me vaya, porque si no me voy, no vendrá a ustedes el Consolador. (Jn 16, 7)

Reflexión: No nos gustan las despedidas. Normalmente duelen más de lo aceptable y nos llenan de un poco de miedo, ya sea que seamos nosotros los que nos vamos o los que nos quedamos. En el caso de una separación permanente, como la muerte, decir adiós puede ser insoportable. No podemos imaginarnos la vida sin nuestro ser querido. Y, sin embargo, sabemos que las despedidas son necesarias y, a veces, beneficiosas. Por muy difícil que sea despedirse de un hijo que se va a la universidad, sabemos que la partida resultará en un hijo más independiente y completo. Del mismo modo, dejar un trabajo, un hogar, incluso una amistad que se ha vuelto insostenible puede causar ansiedad y ponernos tristes incluso cuando reconocemos el bien que vendrá de la decisión.

Los discípulos en el Evangelio de hoy se enfrentan a una de esas despedidas mayores. Supongo que fue el tipo de separación que los dejó paralizados por el miedo y la tristeza. Pero Jesús les dice que el adiós llevará a cosas mejores. No

pueden tener el Espíritu hasta que se despidan de Jesús. Un callejón sin salida si es que alguna vez hubo uno. No tenemos que enfrentarnos a esa decisión cuando se trata de Dios. El Espíritu está disponible para que lo tomemos, si nuestros corazones están abiertos. Aunque sabemos que, en última instancia, tendremos que enfrentarnos al adiós de toda una vida —la nuestra propia— para obtener la recompensa de la eternidad. Podemos tenerlo todo, pero tiene un precio.

Meditación: ¿Qué adiós en tu vida te dejó sin consuelo? Es probable que todavía puedas evocar exactamente lo que sentiste en ese momento, hasta los olores de la habitación o el color del cielo afuera. Momentos como esos dejan una cicatriz permanente. Pero ahora, tal vez años después, a pesar de que deseas que esa despedida no hubiera ocurrido, ¿puedes ver los lugares en donde la despedida te regaló algún tipo de regalo? Tal vez tienes una relación más cercana con un hermano o un padre debido a una pérdida mutua que ustedes sufrieron. Tal vez ahora tienes una comunidad de trabajo maravillosa porque te despidieron de un trabajo anterior. ¿Puedes empezar a mirar los momentos difíciles de tu vida y encontrar los lugares donde Dios derramó gracia en ellos?

Oración: Espíritu de Dios, acompáñanos en la lucha, consuélanos en el dolor, guíanos a donde la gracia nos espera.

Más Cerca Aún

Lecturas: Hch 17, 15. 22–18, 1; Jn 16, 12-15

Escritura:

De un solo hombre sacó todo el género humano para que habitara toda la tierra, determinó las épocas de su historia y estableció los límites de sus territorios. Dios quería que lo buscaran a él y que lo encontrarán, aunque fuera a tientas, pues en realidad no está lejos de nosotros . . . (Hch 17, 26-27)

Reflexión: ¿Cuándo fue la última vez que buscaste a tientas a Dios, tratando desesperadamente de alcanzar —quizás literalmente— la esperanza de aferrarte a algo, a cualquier cosa, que te convenciera de que Dios no estaba lejos de ti? Para nuestros oídos, este tanteo puede sonar demasiado desesperado. Si somos lo suficientemente santos y orantes, ¿no deberíamos ser capaces de encontrar a Dios de una manera más civilizada? Pero en la primera lectura de hoy oímos a Pablo decirnos que Dios creó todo —los cielos y las estaciones y todos nosotros en este planeta— para que “buscáramos por nosotros mismos a Dios, aunque fuera a tientas”. En otras palabras, Dios *quiere* que vayamos tras él, que lo alcancemos, que lo conozcamos, que lo sintamos cerca. Aunque Dios siempre está cerca. ¡Qué Dios tan fascinante y divertido tenemos! Dios quiere que hagamos una conexión activa; nuestra fe no es una fe pasiva.

En *La Práctica de la Presencia de Dios*, el Hermano Lawrence dice que no hay “nada más delicioso que un caminar continuo con Dios”. Él escribe:

Por favor, empieza ahora. No me importa la edad que tengas. Es mejor tarde que nunca. No puedo imaginarme cómo una persona fiel puede estar satisfecha sin la práctica de la presencia de Dios. Por mi parte, paso el mayor tiempo posible a solas con él en el centro de mi alma. Mientras esté con él, no le temo a nada, pero es insoportable que me aleje lo más mínimo de él.

El hermano Lawrence sabía cómo buscar a tientas a Dios. Tal vez todos podemos tomar una página de su libro.

Meditación: La práctica de la presencia de Dios será diferente para cada persona, pero en el fondo es lo mismo: significa buscar a Dios justo donde estás. Hoy, practica estar presente con Dios en medio de tu vida. Tal vez suceda mientras conduces al trabajo o esperas a que tus hijos salgan de la escuela. Tal vez significa que pasarás cinco minutos de oración en silencio en tu escritorio durante el almuerzo, o en una Hora Santa en la iglesia de tu parroquia, o sobre una olla de sopa burbujeante en su cocina. Sea lo que sea, haz el espacio y el tiempo para buscar a Dios, que está más cerca de lo que piensas.

Oración: Dios siempre presente, ayúdanos a mantener nuestros ojos siempre fijos en ti y a no dudar nunca de que estás cerca.

Más Allá del Creer

Lecturas: Hch 1, 1-11; Ef 1, 17-23; Mt 28, 16-20

Escritura:

. . . los once discípulos fueron a Galilea y subieron al monte en el que Jesús los había citado. Al ver a Jesús, se postraron, aunque algunos titubeaban. (Mt 28, 16)

Reflexión: Estaba escuchando un audiolibro en mi viaje de vuelta a casa del trabajo recientemente, y un pedazo me llamó la atención. Leyendo su obra, el actor y autor Alan Arkin relató una experiencia en la que una mujer que acababa de presenciar algo espectacular junto a él dijo: “Me niego a creerlo”.

“¿Cómo puedes negarte?”, le pregunté. “No entiendo. O lo que viste parecía real o no”. “No, me niego a creerlo”, repitió de nuevo, pero continuó. “Porque si creo esto, voy a tener que creer muchas otras cosas y me niego a hacerlo”.

Tan pronto como leí el Evangelio de hoy, pensé en Alan Arkin. Lo sé. Es toda una yuxtaposición, pero creo que hay un núcleo de verdad en la forma en que mi cerebro hizo lo que me pareció un salto lógico. Los discípulos probablemente sabían en algún lugar profundo que si lo que estaban viendo era realmente cierto y no sólo un producto de su imaginación significaría que tendrían que renunciar a toda

noción y creencia preconcebida que pudieran tener y construir su vida sobre algo completamente distinto. ¡Qué perspectiva tan aterradora!

Probablemente sea lo mismo para nosotros hoy, ¿no? No somos diferentes de esos dudosos discípulos —o de la mujer en el libro de Arkin. La duda nos protege de alguna manera. Nos permite cubrir un poco nuestras apuestas, aunque sea inconscientemente.

Meditación: Siempre he planteado que si yo creyera en Jesús verdaderamente y completamente, sin ninguna duda humana, de la manera en que estoy llamado a creer, no podría evitar transformar completamente mi vida. Podría significar renunciar a las cosas que amo. Podría significar decisiones realmente difíciles. Significaría ciertamente abandonar las redes y mantas de seguridad. Y así, lo profeso y en mi corazón quiero creer de la manera que debo creer, pero el miedo me retiene un pedacito de mí. ¿Cuándo estaremos listos para dárselo todo a Jesús? ¿Puedes despejar una pequeña capa de duda hoy? ¿Puedes soltarte un poco más y pararte en la montaña a la que Jesús te llama sin miedo y con pleno compromiso?

Oración: Tus palabras nos dan consuelo, Jesús. Tú estás siempre con nosotros, y sin embargo seguimos teniendo miedo. Llénanos de fe como lo hiciste con tus primeros discípulos para que nosotros también podamos salir y traer a otros hacia ti.

Cielo en la Tierra

Lecturas: Hch 18, 9-18; Jn 16, 20-23

Escritura:

“Así también ahora ustedes están tristes, pero yo los volveré a ver, se alegrará su corazón y nadie podrá quitarles su alegría”. (Jn 16, 22)

Reflexión: Soy muy buena en dejar que otras personas empañen mi espíritu alegre. De hecho, una de mis canciones favoritas —una que saco regularmente y toco a todo volumen— es una canción llamada “Joy” de la cantante y compositora de folk alternativo Lucinda Williams. “Me quitaste mi alegría. La quiero de vuelta”, se lamenta con su tañido sureño, y me pertenece como si fuera mi himno personal. Y luego, por lo general poco después, recuerdo que, si alguien puede tomar mi alegría con tanta facilidad, tal vez no era el tipo de alegría que importaba, o tal vez no era realmente la alegría, sino más bien una autosatisfacción efímera u orgullo o simplemente un evento feliz que desencadenó una llamada momentánea de sentimientos positivos.

Cuando leemos las palabras de Jesús hoy, entendemos que está hablando de la clase de alegría que dura, la clase de alegría que vive tan profundamente dentro de nosotros que nadie más puede encontrarla, ni siquiera tomarla. Deseo tanto esa alegría que a veces duele, pero no es algo que po-

damos conseguir trabajando más duro o haciendo más ejercicio o comiendo más saludablemente. Este tipo de alegría sólo llega a través de una profunda conexión con nuestro Dios, construida y sostenida por una profunda reserva de oración. Si no recordamos quiénes somos y a quién pertenecemos, podemos ser arrastrados fuera de curso por cualquier destello, pero eso no es lo que trae la verdadera alegría; sólo la verdadera fe puede proporcionar eso.

Meditación: ¿Cuándo fue la última vez que recuerdas haber estado alegre? ¿Dónde estabas? ¿Qué estaba pasando a tu alrededor? ¿Cuánto tiempo duró? Ahora, ¿cuándo fue la última vez que conociste a alguien que estaba alegre en medio del desafío o incluso de la tristeza? ¿Qué es lo que más recuerdas de eso? Cuando encontramos a alguien con el tipo de fe que alimenta la alegría que Jesús promete, sabemos que estamos en presencia de alguien y algo especial. Simplemente se siente diferente. Sentimos la paz y la aceptación, y por lo general la queremos para nosotros mismos porque sabemos que vivir en esa clase de gozo es vivir en el cielo en la tierra.

Oración: Dios de gozo eterno, tenemos hambre de una fe tan profunda que no puede ser sacudida, una alegría tan fuerte que nunca puede ser agotada. Enséñanos a buscar la alegría que viene a través de ti, no la felicidad momentánea que el mundo ofrece de vez en cuando.

Sólo Hay un Camino

Lecturas: Hch 18, 23-28; Jn 16, 23b-28

Escritura:

. . . comenzó a hablar valientemente en la sinagoga. Cuando lo oyeron Priscilla y Aquila, lo tomaron por su cuenta y le explicaron con mayor exactitud la doctrina del Señor. (Hch 18, 26)

Reflexión: No sé ustedes, pero la escena de la primera lectura de hoy despierta mi curiosidad. Oímos hablar de Apolo, un evangelista primitivo que “hablaba con mucha convicción” sobre Jesús y que había sido instruido en “el Camino”, y, sin embargo, poco después se nos dice que necesita más claridad para ser más preciso en su predicación. No puedo evitar preguntarme qué le dijeron Priscila y Aquila sobre el Camino. Ojalá pudiera entrar en esta historia, aunque sólo sea por un momento, con el fin de obtener algo de claridad para mí mismo. A todos nos vendría bien una Priscila y una Aquila para que nos visiten de vez en cuando y reajustar el rumbo para no alejarnos demasiado del Camino, pero pocos de nosotros somos tan afortunados de recibir —o de estar abiertos a recibir— ese tipo de corrección personal reflexiva. Y pueden imaginarse lo fácil que hubiera sido para Apolo rechazar a esta pareja de misioneros casados y despedirlos.

Tantas cosas podrían haber salido mal; sin embargo, salieron bien. El espíritu trabajando una vez más.

La riqueza de los detalles cotidianos en las lecturas de los Hechos de los Apóstoles de este tiempo es justo el tipo de alimento para el pensamiento que necesitamos cuando bajamos de nuestra Aleluya de Pascua y nos acercamos al Tiempo Ordinario, que nunca puede ser ordinario a la luz de todo lo que ahora conocemos. Los Hechos de los Apóstoles nos lo recuerdan. En las historias de estos primeros discípulos, encontramos nuestra hoja de ruta, el camino a seguir.

Meditación: Los primeros cristianos, antes de ser llamados cristianos, eran conocidos como los “seguidores del Camino”, como vemos en la lectura de hoy. Hay algo intrigante y misterioso en esa etiqueta. Cuando pensamos en nosotros mismos como cristianos, es fácil encogernos de hombros. Sabemos que somos cristianos. No es necesaria ninguna explicación. Pero “el Camino”, ¿qué significaría describirnos a nosotros mismos como seguidores del “Camino”? ¿Cómo cambiaría la forma en que te defines a ti mismo o la forma en que describes tu fe? ¿Cómo podría cambiar la forma en que vives esas verdades de fe? Hoy, mírate a ti mismo como un seguidor temprano del Camino, y mira si eso cambia cómo actúas y vives.

Oración: Jesús, has dicho que eres el Camino, la Verdad y la Vida. Ayúdanos a conocer el camino hacia ti y a ser camino para los demás.

La Fuerza de los Números

Lecturas: Hch 1, 12-14; 1 Pe 4, 13-16; Jn 17, 1-11a

Escritura:

Todos ellos perseveraban unánimes en la oración, junto con María, la madre de Jesús, con los parientes de Jesús y [sus hermanos]. (Hch 1, 14)

Reflexión: Después de la ascensión del Señor, vemos a los apóstoles, junto con la Santísima Virgen y otras mujeres discípulas, reunidos en oración. En comunidad unos con otros, en conversación con Dios, encuentran su fuerza. Me imagino que también les ayuda a rechazar el miedo que debía estar mordiéndoles los talones. Por segunda vez en las últimas semanas, el Señor los abandona. Primero en la cruz, cuando todo parecía perdido, y ahora a través de su ascensión, cuando todo parece cambiado. Pero, aun así, a pesar de toda su confianza, fe y esperanza, son humanos, y estar sin Jesús tuvo que ser aterrador. A nuestra manera, sabemos lo que se siente. Oramos y no recibimos una respuesta, o al menos no la respuesta que queremos. Nos sentamos en silencio y no sentimos eso que nos molesta y no sabemos qué es; y nos sentimos solos, aunque en el fondo de nuestro corazón sabemos que Dios está con nosotros. Pero nuestras mentes humanas, con todas esas voces interiores clamando por atención, tratan de convencernos de lo contrario.

Y luego vamos a misa, en un banco para sentarnos al lado de un extraño, o tal vez de un familiar o amigo. Oramos juntos, alzamos la voz, nos damos la mano, recibimos a Jesús en la Eucaristía. Hacemos exactamente lo que los apóstoles, María y otros hicieron en la sala superior. Oramos como uno, y de repente no nos sentimos tan solos. Miramos hacia arriba y vemos a otros que se nos acercan a los bancos y pensamos: “¿Tú también?”. Estamos juntos en esto. Necesitamos comunidad, pero más que eso, necesitamos oración comunitaria, donde podamos sentir a Jesús en medio de nosotros, aunque no siempre podamos escuchar su voz.

Meditación: Nota la diferencia esta semana cuando oras solo y cuando oras en comunidad, ya sea un rosario, una hora santa o una misa. ¿Se siente diferente para ti? Si es así, ¿cómo? ¿Tu comunidad parroquial te inspira a una oración más profunda o a prácticas espirituales más regulares? ¿Hay algún programa espiritual que te gustaría que comenzara en su parroquia? ¿Puedes ayudar a empezarlo? Tal vez sea la *lectio divina* o la adoración o la Liturgia de las Horas. La comunidad es fundamental.

Oración: Dondequiera que dos o tres estén reunidos en tu nombre, estás tú entre ellos. Eso es lo que nos prometiste, Señor. Fortalece nuestra comunidad de fe para que podamos levantarnos unos a otros a lo largo del camino.

Más que un Deseo

Lecturas: Hch 19, 1-8; Jn 16, 29-33

Escritura:

“En el mundo tendrán tribulaciones; pero tengan valor, porque yo he vencido al mundo”. (Jn 16, 33)

Reflexión: Las palabras de Jesús hoy se sienten como el eufemismo del siglo: “Ustedes encontrarán la persecución en el mundo”. “¿De veras!”, decimos irónicamente. Los problemas de nuestro mundo parecen crecer a pasos agigantados con cada día que pasa. Lo vemos en la gran escala de la política global y nacional y más cerca de casa en nuestros lugares de trabajo, comunidades y familias. No hay forma de escapar de los problemas que este mundo nos presenta. Es difícil comprender por lo que algunos pasan o cómo siguen adelante cuando vemos cómo sus hogares se ven arrasados por los tsunamis, cómo sus familias se pierden a causa de la violencia de la guerra y cómo sus hijos mueren en el peligroso viaje a un lugar más seguro. Incluso para aquellos de nosotros bendecidos con “problemas del primer mundo”, la lucha es real. Claro, bromeamos sobre cómo no podemos vivir sin nuestros teléfonos inteligentes y nuestras comodidades, pero la realidad es que los problemas también nos llegan en forma de enfermedades y problemas laborales, adicciones y preocupaciones sobre la crianza de los hijos,

dolor y más. Nos sentimos agobiados por las molestias que este mundo ocasiona y, mientras nos consolamos con las palabras de consuelo de Jesús, también sabemos que esta vida tiene su precio en el aquí y ahora. Entonces, ¿qué vamos a hacer? ¿Cómo mantenemos nuestra esperanza?

“Esta es la esperanza cristiana: tener la certeza de que estoy caminando hacia algo que es, no algo que espero que sea”, dijo el Papa Francisco. “Esta es la esperanza cristiana. La esperanza cristiana es la expectativa de algo que ya se ha cumplido para cada uno de nosotros”.

Meditación: Hay una gran diferencia entre creer en algo profundo en tu corazón y simplemente desear que algo sea verdad. ¿Es tu fe una creencia o un deseo? ¿Conoces a Dios en lo más profundo de tu corazón, sin cuestionarlo? ¿Esperas llegar al cielo algún día, o, como sugiere el Papa Francisco, tu esperanza está firmemente plantada en el conocimiento de que el cielo te espera? Eso es lo que nos impide ser conquistados por este mundo: tenemos que vivir en la esperanza de lo que sabemos que nos espera, más bien deseando que un sueño se haga realidad.

Oración: Señor de toda esperanza, no permitas que nuestros corazones estén tan abrumados por las preocupaciones de este mundo que perdamos de vista la salvación real que nos espera en el próximo.

Entrega Alegre

Lecturas: Hch 20, 17-27; Jn 17, 1-11a

Escritura:

Lo que me importa es llegar al fin de mi carrera y cumplir el encargo que recibí del Señor Jesús: anunciar el Evangelio de la gracia de Dios. (Hch 20, 24)

Reflexión: En esta memoria de San Felipe Neri, no puedo dejar de recordar mi primera visita a Roma. El último día de mi estancia, supe que tenía tiempo para una visita más a la iglesia y me apresuré a ir a Chiesa Nuova. Llegué justo a tiempo para la misa y me metí en un banco. Había visitado tantas iglesias durante esa visita en solitario —suficientes para que muchas de ellas se desdibujaran o parecieran todas iguales—, pero ésta está grabada en mi memoria por todas las razones correctas. No era por las esculturas o los frescos, los techos altos o los contrafuertes voladores. Realmente no podría contarte lo suficiente sobre la verdadera iglesia física donde San Felipe Neri pasó los últimos doce años de su vida. Recuerdo la Misa, el sentimiento de comunidad a pesar de la barrera del idioma y la cultura, el conocimiento de que incluso aquí, en Roma, yo tenía un hogar en la iglesia.

Felipe Neri parece ser un buen candidato para el mensaje de hoy de San Pablo sobre no estar demasiado apegado a esta vida, sino más bien al ministerio al que estamos llama-

dos. Felipe vivía eso todos los días reuniendo a los laicos en su Oratorio para orar y cantar. Era conocido por ser alegre y amable, divertido y profundamente espiritual, y, como Pablo, confiaba completamente en el plan de Dios. Siempre tendré un punto débil por San Felipe Neri, gracias a su hermosa iglesia cerca de mi hotel romano y a la espiritualidad que dejó allí para todos los que se toman el tiempo para hacer una pausa y rezar una oración.

Meditación: “No hay nada más peligroso para la vida espiritual que el deseo de gobernarnos a nosotros mismos según nuestra propia manera de pensar”, dijo una vez San Felipe Neri. No podemos aferrarnos a nuestras propias ideas, a nuestros propios planes, a nuestros propios objetivos. Tenemos que abandonarlos y, como Pablo en la primera lectura de hoy, no preocuparnos tanto por esta vida. No es un algo fácil. Se necesita más que determinación y compromiso; se necesita oración y la voluntad de entregar. Podemos mirar a San Felipe Neri como un modelo de humildad y fidelidad, alegría y oración que nos sostendrá en nuestros esfuerzos. Busca la historia de la vida de San Felipe Neri; reflexiona sobre algunas de sus citas más famosas.

Oración: Te entregamos nuestros corazones, Señor. Ayúdanos a hacerlo con valor, con alegría, con paciencia y con fidelidad. Jesús, confiamos en ti.

Verdad o Consecuencias

Lecturas: Hch 20, 28-38; Jn 17, 11b-19

Escritura:

“Santifícalos en la verdad. Tu palabra es la verdad”. (Jn 17, 17)

Reflexión: La verdad nunca ha sido algo relativo. Es lo que es. En un mundo en el que el relativismo está en boga — desde la arena política hasta la vida personal— la verdad no es algo sobre lo que cual se debate, aunque no se la conozca hoy en día. La gente de los medios de comunicación le da su “punto de vista personal” a casi todo lo que llega a ellos. La gente común, incluyéndome a mí, hablamos de vivir “mi verdad”. Cuando la verdad se convierte en algo que moldeamos a nuestros propios deseos, empezamos a caminar hacia los problemas. Tanto en la primera lectura como en el Evangelio de hoy, la verdad es el punto central, no la verdad como quisiéramos, sino la Verdad encarnada en Jesús, la Verdad que Dios nos ha revelado.

Incluso para San Pablo, era evidente que la verdad podía convertirse en un asunto delicado. En la primera lectura, advierte que la gente de su nueva comunidad cristiana se presentaría “enseñando doctrinas falsas” para tratar de alejar a la gente de aquellos que siguieron a Jesús. ¿Por qué nuestro mundo debería ser diferente? La verdad a menudo debe existir en tensión con la necesidad humana de poder, control

y riqueza material. La única manera de estar seguros de que no estamos creando una verdad a nuestra propia imagen es aferrarnos a la verdad del Evangelio, mantener los ojos fijos en Jesús, que nos recuerda que él es “el camino, la verdad y la vida”.

Meditación: Santa Teresa de Ávila, doctora de la Iglesia, escribió: “La verdad sufre, pero nunca muere”. Reflexiona sobre esa frase hoy. A medida que pasa el día, observa dónde puede estar sufriendo la verdad. ¿Tienes responsabilidad en esto? ¿Qué puedes hacer para poner fin a la distorsión de la verdad en tu propio mundo y en el mundo en general? Si bien es posible que no tengamos el poder de corregir las falsedades en los niveles más altos, podemos comenzar donde estamos y efectuar cambios poderosos, incluso si es sólo en los medios de comunicación social o en la oficina o alrededor de la mesa de nuestra cocina. Si cada uno de nosotros protege y promueve la verdad, pronto encontraremos que nuestra verdad y la Verdad están alineadas y son inseparables, y entonces todo estará bien con nuestro mundo.

Oración: Jesús, tu Verdad no siempre es fácil de vivir, pero sabemos que es la única manera de vivir. Muéstranos el Camino a la Verdad que nos hace libres.

La Arena del Diablo

Lecturas: Hch 22, 30; 23, 6-11; Jn 17, 20-26

Escritura:

. . . que ocasionó la división [en] de la asamblea. (Porque los saduceos niegan la otra vida, sea de ángeles o de espíritus resucitados; mientras que los fariseos admiten ambas cosas). (Hch 23, 7b-8)

Reflexión: Satanás es el gran divisor. ¿Alguna vez has notado que cuando la gente comienza a acercarse a la verdad, tal vez cuando tú mismo has estado precariamente cerca de algún avance en tu propia vida, de la nada viene una barricada o una explosión que amenaza con descarrilarlo todo? Al diablo le encanta sembrar duda y división, especialmente entre aquellos que se esfuerzan diariamente por hacer la obra de Dios. Con frecuencia, las personas de gran fe, profundamente comprometidas con las verdades en las que creen y con sus esfuerzos por hacer del mundo un lugar mejor, terminan peleándose entre sí por diferencias de opinión. Esa no es la obra de Dios, puedes estar seguro.

Lo he visto desarrollarse ante mis ojos en mi trabajo en la Iglesia. Todos estamos unidos por una causa, la lucha por la dignidad de la vida, por ejemplo. De repente, comienzan luchas internas sobre la mejor manera de hacer avanzar la causa o qué hacer con los católicos que apoyan el mal moral,

y ahora el enfoque se desvía de los más vulnerables, los que más necesitan nuestra atención, y hacia nuestro nuevo “enemigo”, los que no hacen lo que decimos apenas lo decimos y cómo lo decimos, dentro de nuestra propia Iglesia. Cuando veas que eso está sucediendo, da un paso atrás y sabe que, como Pablo, estás viendo al diablo tratando desesperadamente de deshacer la obra del Señor. El diablo no ganará al final, pero muchos de nosotros podemos quedar atrapados en el fuego cruzado espiritual. Quédate alerta.

Meditación: La gente a menudo bromea sobre las dos cosas de las que nunca se debe discutir cuando estamos entre gente educada: la religión y la política. Qué triste que hablar de Dios puede causar reacciones negativas tan fuertes en todos los lados de una conversación. ¿Te has encontrado en una discusión de este tipo en algún momento recientemente? ¿Salió algo bueno de ello? ¿Hubo algún cambio de opinión o, al contrario, resultó en más división y resentimiento? La próxima vez que veas que la división se levanta entre los creyentes, da un paso atrás y nota si la división es una distracción o una necesidad extrema. Si es la primera, toma la decisión de no participar en el desorden y en su lugar haz algo positivo: ora, escribe una carta, llama a un amigo, apaga el teléfono y habla en silencio con Dios.

Oración: Hoy oramos pidiendo paciencia y una mente abierta. Que seamos fuertes por la unidad y trabajemos para sanar las divisiones que desgarran familias, comunidades e iglesias.

Digno de Repetirse

Lecturas: Hch 25, 13b-21; Jn 21, 15-19

Escritura:

Por tercera vez le preguntó: “Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?” Pedro se entristeció de que Jesús le hubiera preguntado por tercera vez si lo quería, y le contestó: “Señor, tú lo sabes todo; tú bien sabes que te quiero”. (Jn 21, 17)

Reflexión: Pobre Pedro. A menudo parece estar en el extremo equivocado de las preguntas y respuestas con Jesús. Y aunque a primera vista el intercambio evangélico de hoy pueda parecer un poco cruel e inusual por parte de Jesús, con la repetida formulación de la misma pregunta, con una visión retrospectiva 20/20 sabemos que Pedro necesitaba esta oportunidad para desentrañar lo que había hecho el Viernes Santo. Entonces tres negaciones; hoy tres afirmaciones. Es casi como si Jesús le estuviera dando la oportunidad de dar marcha atrás en el tiempo para hacer un cambio. Porque cada vez que Pedro dijo una variante de: “Te digo que no conozco a ese hombre”, hoy dice: “Tú sabes que te amo”, incluso cuando Jesús alude a morir como mártir, él morirá en el nombre de Jesús.

¿No nos gustaría a todos tener la oportunidad de desentrañar o rebobinar nuestros errores del pasado, palabras dichas apresuradamente, acciones realizadas sin pensar en

los sentimientos de los demás, silencios cuando deberíamos haber hablado? O tal vez ha habido momentos en que estábamos en la otra posición, la que podía ofrecer a alguien la oportunidad de cambiar una trayectoria, ofrecer una disculpa, o reformular una declaración que salió mal. Jesús escogió a Pedro, sabía que lo negaría, incluso se refirió a él como Satanás en un momento dado, y aun así Jesús confió en que Pedro haría lo que fuera necesario hacer, y Pedro confió en que Jesús era quien decía ser.

Meditación: ¿Qué te trae a la mente el Evangelio de hoy? ¿Te sientes tenso cuando Jesús le pide una y otra vez a Pedro que afirme su amor, o esta interacción entre Maestro y discípulo te consuela y te recuerda que a ti también se te dará la misma oportunidad de compensar las faltas pasadas, de reclamar tu lugar en el reino? Como Pedro, podemos sentirnos angustiados y confundidos ante lo que pensábamos que eran respuestas fáciles, pero Dios nos asegura que no importa lo que hagamos, él permanece a nuestro lado. Y siempre Dios nos da otra oportunidad, permitiéndonos arrepentirnos y reafirmar nuestro amor.

Oración: Dios de misericordia, venimos a ti con la cabeza inclinada, el corazón pesado, pidiendo perdón por las veces que te negamos con palabras, acciones o inacción. Escúchanos mientras respondemos como lo hizo Pedro. Tú sabes que te amamos.

Corriendo hacia el Cielo

Lecturas: Hch 28, 16-20. 30-31; Jn 21, 20-25

Escritura:

Al verlo, Pedro le dijo a Jesús: “Señor, ¿qué va a pasar con éste?” Jesús le respondió: “Si yo quiero que éste permanezca vivo hasta que yo vuelva, ¿a ti qué?” (Jn 21, 21-22)

Reflexión: Los celos y la rivalidad, rematados por la inseguridad y el miedo —tanto se desborda hoy en el breve intercambio de Pedro con Jesús. Pero todo esto suena muy familiar, ¿no? Nosotros mismos hemos pasado por ello, en el lugar de trabajo, en nuestras familias, entre amigos. No sólo nos preocupamos por cómo nos está yendo; nos preocupamos por cómo le va a todo el mundo. Tenemos dificultades para medir nuestro propio progreso sin hacer comparaciones, sin —como Pedro en el Evangelio— dar la vuelta para ver quién o qué nos está ganando. “¿Y él qué?”, lloramos, aunque sólo sea internamente, cuando se nos pide que hagamos más trabajo y la persona a nuestro lado no lo hace. “¿Y ella qué?”, nos quejamos cuando un hermano o hermana se escapa de alguna responsabilidad. Mantenemos una lista de los desprecios en contra nuestro que nos hacen sentir que no estamos siendo tratados justamente. A lo que Jesús dice: “¿Qué te importa?”.

Si alguna vez has estado en una carrera, sabes que lo peor que puedes hacer por tu propia velocidad y forma es darte la vuelta una y otra vez para ver el progreso de los que están detrás de ti. Incluso la mirada más rápida puede romper el impulso. No necesitamos rastrear qué tan bien les está yendo a otros en el viaje espiritual; sólo tenemos que mantener los ojos bien abiertos y entrenados en nuestro propio objetivo. Cada uno está en su propio camino. Lo único que es lo mismo para cada uno de nosotros es el punto de partida que Jesús nos da: “Tú, sígueme”.

Meditación: ¿Cuándo fue la última vez que experimentaste ese sentimiento de “¿Y él qué?”? Una vez que superaste la queja inicial, ¿te hizo sentir mejor acerca de tu propia situación? ¿El cuestionar la situación de otra persona te ayudó a llegar a donde necesitabas ir más rápido o con más éxito? Probablemente no. Tendemos a estar en nuestro mejor momento cuando nos quedamos en nuestro propio carril y nos enfocamos en nuestro propio trabajo —espiritual o de otro tipo. Cuando hacemos eso, con los ojos siempre puestos en Jesús, todas las demás piezas se acomodan y de repente no vemos a los demás como una competencia, sino como hermanos y hermanas.

Oración: Enséñanos la misericordia y la paciencia, Señor, mientras continuamos en este caminar. No nos dejemos atrapar en la carrera mundana para ganar premios terrenales, sino en la buena carrera que conduce al cielo.

Signos del Espíritu

Lecturas: Vigilia: Gen 11, 1-9 o Ex 19, 3-8a. 16-20b o Ez 37, 1-4 o Jl 3, 1-5; Rom 8, 22-27; Jn 7, 37-39. Misa del día: Hch 2, 1-11; 1 Cor 12, 3b-7. 12-13; Jn 20, 19-23

Escritura:

. . . se llenaron todos del Espíritu Santo y empezaron a hablar en otros idiomas, según el Espíritu los inducía a expresarse. (Hch 2, 4)

Reflexión: El Espíritu está en todas partes hoy, en el viento y en las lenguas de fuego, en el soplo y en las palabras habladas. Si nos dejamos sumergir en la primera lectura, podemos imaginarnos la casa temblando por el viento, como quizás lo hemos experimentado en una tormenta especialmente violenta. Casi podemos escuchar la cacofonía de los diferentes idiomas que se hablan a la vez, como si estuviéramos en medio de un sitio turístico popular en un país extranjero. Nuestros sentidos están abrumados por todo lo que está sucediendo cuando el Espíritu entra en escena hoy. Qué interesante, entonces, que para que nosotros conozcamos verdaderamente al Espíritu, debemos crear el escenario opuesto: un lugar tranquilo y silencioso donde se puede escuchar hasta el más mínimo susurro. Probablemente preferiríamos que el Espíritu viniera a nosotros en un espectáculo de luces dramático. Sería más fácil de reconocer, más fácil de creer.

En este Pentecostés, es probable que no nos encontremos hablando en lenguas o atrapados en una tormenta de viento de proporciones espirituales épicas. Lo más probable es que tengamos que buscar al Espíritu en medio de lo ordinario de nuestra vida diaria, pero, para estar seguros, el Espíritu está allí, esperando un punto de entrada, esperando que disminuya la velocidad lo suficiente para que el movimiento nos alcance y nos impulse hacia adelante. A veces eso puede suceder en la oración, pero, a menudo, sucede cuando estamos haciendo nuestros quehaceres y responsabilidades. Un amigo mío llama a esos momentos “coincidencias divinas”, y están a nuestro alrededor, todo el tiempo.

Meditación: Siéntate hoy en oración en silencio durante al menos cinco minutos. Apaga todos los aparatos electrónicos. Siéntate en una silla o en un cojín, arrodíllate en un banco en una iglesia, o camina por un sendero a través del bosque, lo que más te convenga. Respira profundamente y ponte en la presencia de Dios. Cuando tu mente comienza a flotar, tráela suavemente de vuelta. Invita al Espíritu en tu corazón. No digas ni una palabra; escucha silenciosamente lo que el Espíritu está pidiendo. ¿Puedes hacerlo una vez al día, o al menos una vez a la semana? Al terminar este viaje a través del tiempo de Pascua, haz un compromiso para mantener esta práctica de oración en las semanas y meses venideros.

Oración: Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor. Envía tu Espíritu y serán creados. Y renovarás la faz de la tierra.

Referencias

Introducción

Macrina Wiederkehr, *The Flowing Grace of Now: Encountering Wisdom through the Weeks of the Year* [La gracia fluyente del ahora: Encontrando la sabiduría a través de las semanas del año] (Notre Dame, IN: Sorin Books, 2019), semana 1.

21 de abril: Martes de la Segunda Semana de Pascua

Henri J.M. Nouwen, *The Only Necessary Thing: Living a Prayerful Life* [La única cosa necesaria: Vivir una vida de oración] (New York: Crossroad, 2007), 128.

23 de abril: Jueves de la Segunda Semana de Pascua

Flannery O'Connor, "A Temple of the Holy Ghost" ["Un templo del Espíritu Santo"], en *A Good Man Is Hard to Find and Other Stories* [Un hombre bueno es difícil de encontrarse y Otras historias] (Orlando: Harcourt, 1955), 95. Disponible en https://biblio.csusm.edu/sites/default/files/reserves/a_temple_of_the_holy_ghost_pgs._461-471.pdf.

24 de abril: Viernes de la Segunda Semana de Pascua

Papa Francisco, Audiencia General, 28 de junio de 2017, https://w2.vatican.va/content/francesco/es/audiencias/2017/documents/papa-francesco_20170628_udienza-generale.html.

28 de abril: Martes de la Tercera Semana de Pascua

Santa Hildegarda de Bingen, *A Feather on the Breath of God* [Una pluma en el soplo de Dios] (Hyperion Records, abril de 1985), folleto del CD, página 2.

30 de abril: Jueves de la Tercera Semana de Pascua

Thomas Keating, Theophane Boyd, William Meninger y Joseph Boyle *Sundays at the Magic Monastery: Homilies from the Trappists of St. Benedict's Monastery* [*Domingos en el monasterio mágico: Homilías de los Trapenses del Monasterio de San Benito*] (Nueva York: Lantern Books, 2002), 72.

2 de mayo: San Atanasio, Obispo y Doctor de la Iglesia

Dorothy Day, "Notes by the Way" *The Catholic Worker* ["Notas por el Camino" *El Trabajador Católico*], enero de 1944.

4 de mayo: Lunes de la Cuarta Semana de Pascua

Anne Lamott, *Bird by Bird: Some Instructions on Writing and Life* [*Pájaro por pájaro: Algunas instrucciones sobre la escritura y la vida*] (Nueva York: Anchor Books, 1994), 22.

The Cloud of Unknowing [*Nube del desconocimiento*] (Brewster, MA: Paraclete Press, 2006), capítulo 32.

6 de mayo: Miércoles de la Cuarta Semana de Pascua

Leonard Cohen, "Anthem", *The Future* (Columbia Records, 1992).

8 de mayo: Viernes de la Cuarta Semana de Pascua

Thomas Merton, *New Seeds of Contemplation* [*Nuevas semillas de contemplación*] (Nueva York: New Directions Publishing, 1961), 297.

11 de mayo: Lunes de la Quinta Semana de Pascua

Santa Teresa de Ávila, *Las moradas o Castillo Interior*, <http://www.santateresadejesus.com/castillo-interior-o-las-moradas/>

15 de mayo: Viernes de la Quinta Semana de Pascua

C.S. Lewis, *How to Be a Christian: Reflections and Essays* [Cómo ser cristiano: Reflexiones y ensayos] (Nueva York: Harper One, 2018), 127–128.

20 de mayo: Miércoles de la Sexta Semana de Pascua

Bernard Bangley, ed., *Nearer to the Heart of God: Daily Readings with the Christian Mystics* [Más cerca del Corazón de Dios: Lecturas diarias con los místicos cristianos] (Brewster, MA: Paraclete Press, 2005), 4.

21 de mayo (jueves) o 24 de mayo: La Ascensión del Señor

Alan Arkin, *Out of My Mind* (Audible Audiobook, 2018), Capítulo 3, 5:20 minutos.

22 de mayo: Viernes de la Sexta Semana de Pascua

Lucinda Williams, “Joy”, *Car Wheels on a Gravel Road* (Mercury Records, 1998).

25 de mayo: Lunes de la Séptima Semana de Pascua

Traducción de Papa Francisco, *On Hope* [Sobre la esperanza] (Chicago: Loyola Press, 2017), 64.

26 de mayo: San Felipe Neri, Sacerdote

Traducción de Elizabeth Scalia, “St. Philip Neri: How to Pursue Sainthood in 25 Pithy Lines” [“San Felipe Neri: Cómo alcanzar la santidad, en 25 citas sucintas”], *Aleteia*, 29 de diciembre de 2015: <https://aleteia.org/2015/12/29/st-philip-neris-advice-for-a-spiritually-profitable-2016/>.

27 de mayo: Miércoles de la Séptima Semana de Pascua

La Orden de las Carmelitas, "Teresa Avila Quotes" ["Citas de Santa Teresa"], <https://ocarm.org/en/content/ocarm/teresa-avila-quotes>.

REFLEXIONES ESTACIONALES AHORA DISPONIBLES EN INGLÉS Y ESPAÑOL

ADVENT/ADVIENTO

Waiting in Joyful Hope:

Daily Reflections for Advent and Christmas 2020–2021

Michelle Francl-Donnay

Esperando con alegre esperanza:

Reflexiones diarias para Adviento y Navidad 2020–2021

Michelle Francl-Donnay

LENT/CUARESMA

Not By Bread Alone: Daily Reflections for Lent 2021

Mary DeTurrís Poust

No sólo de pan: Reflexiones diarias para Cuaresma 2021

Mary DeTurrís Poust; Translated by Luis Baudry-Simón

Standard, large-print, and eBook editions available. Call 800-858-5450 or visit www.litpress.org for more information and special bulk pricing discounts.

Ediciones estándar, de letra grande y de libro electrónico disponibles. Llame al 800-858-5450 o visite www.litpress.org para obtener más información y descuentos especiales de precios al por mayor.